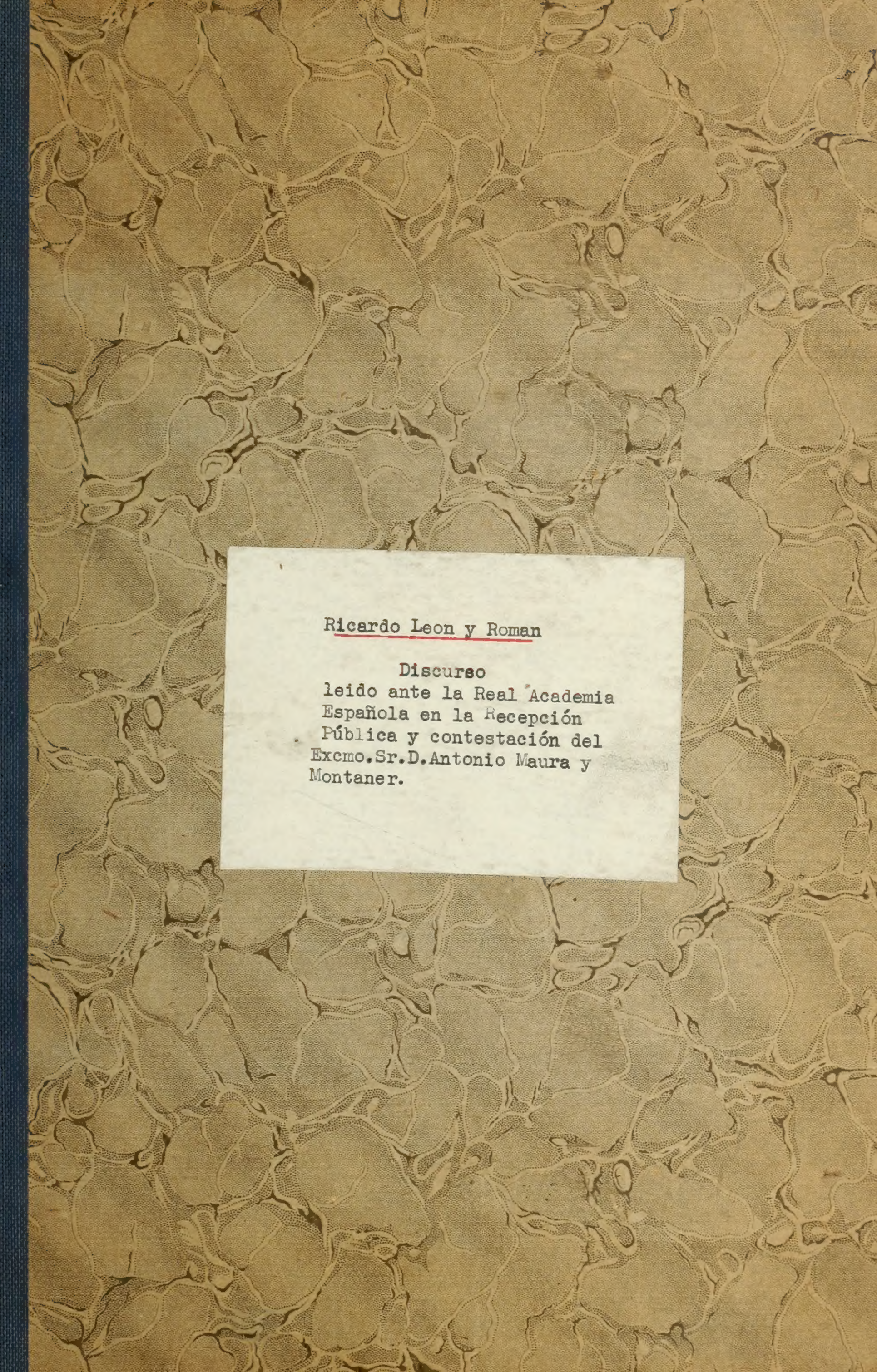

Ricardo Leon y Roman
Discurso
leido ante la Real Academia
Española en la Recepción
Pública y contestación del
Excmo.Sr.D.Antonio Maura y
Montaner.

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

SR. D. RICARDO LEON Y ROMAN

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

Celebrada el 17 de Enero de 1915.



MADRID
IMPRENTA RENACIMIENTO
Calle de San Marcos, núm. 42.

1915.

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

SR. D. RICARDO LEON Y ROMAN

Y CONTESTACIÓN DEL

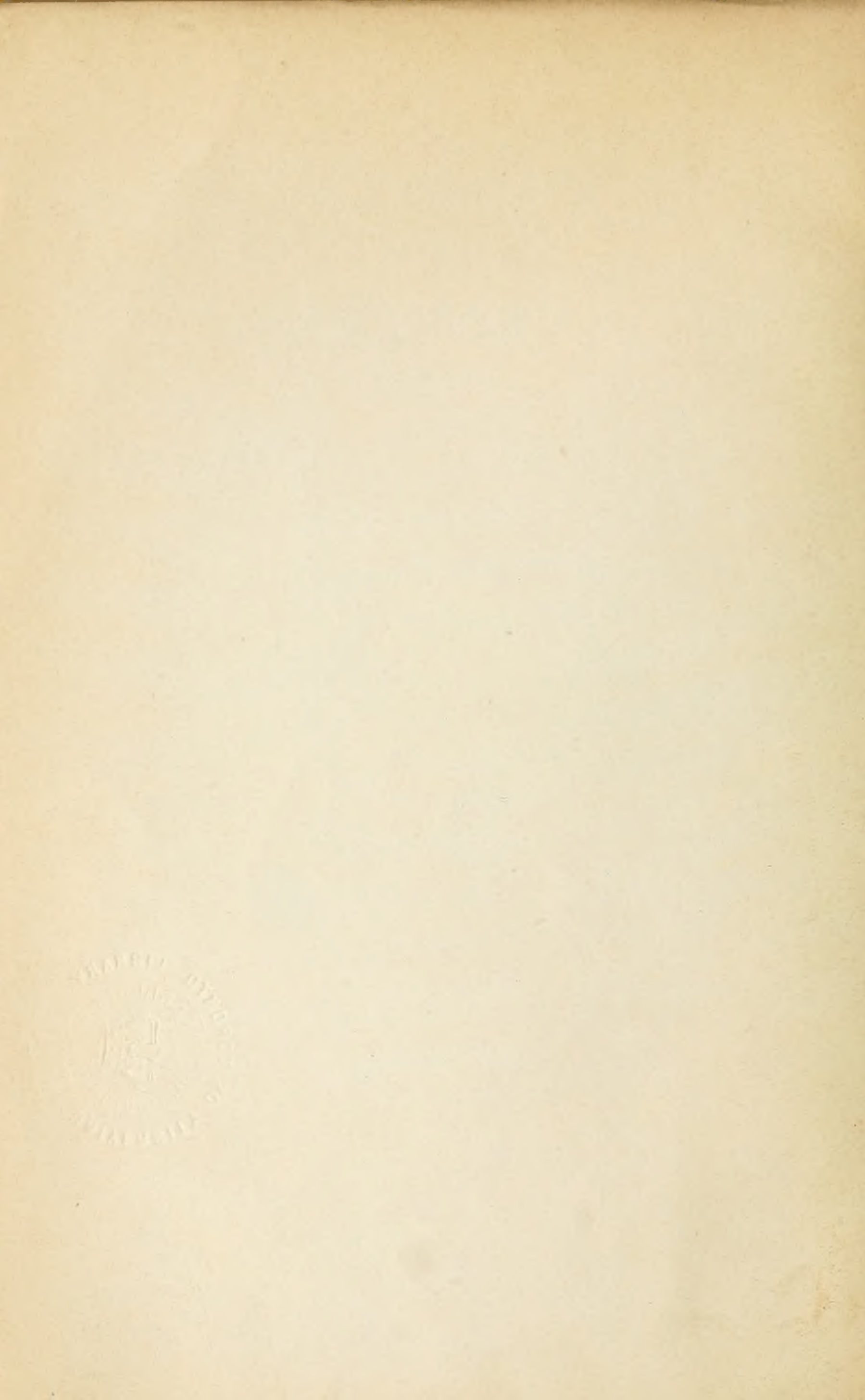
EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

Celebrada el 17 de Enero de 1915.



MADRID
IMPRENTA RENACIMIENTO
Calle de San Marcos, núm. 42.

1915.



DISCURSO

DEL

SR. D. RICARDO LEÓN Y ROMÁN

Señores académicos:

Ornatos apacibles del alma, virtudes propias de varones discretos, bien nacidos y cabales, parecieron siempre la gratitud y la modestia: cuantos llegaron aquí, por agudos que fueran sus ingenios, peregrinas sus obras, muchas sus canas, ilustre su linaje o condición social, todos sintieron al subir a tan insigne estrado el noble y honestísimo respeto, la blanda ternura que infunde al más ambicioso esta solemne consagración. ¿Qué no habré yo de sentir, mozo humilde, poeta novel, que ha pocos años vivía pobre y obscuro, sin codiciar, sin sospechar siquiera las altas honras presentes? A milagro de Dios me saben, a maravilloso privilegio de vuestras manos recibido; y si yo no temiese hablar mucho de mí, cosas más íntimas dijera por las que mejor se viese cuán singular es mi caso, cuán extremada la merced que me hicísteis, cuán justa y honda la emoción que desde entonces me abruma. Quisiera derramar todas las efusiones de mi espíritu, no en turquesas de retórica elegancia, sino en términos de absoluta sencillez, robustos, encendidos y vehementes como la carne y la sangre del corazón; pero es ocioso encarecer con palabras y apurar con razones lo que tiene su escondida raíz en el sentimiento y su expresión más eficaz en las obras. Que sean las mías, de aquí en adelante, claros testimonios de gratitud y fervor; que nunca me reproche la conciencia dormir sobre laureles prematuros a la som-

bra de inmerecida fortuna. Ni receléis vosotros ahora que al subir tan de repente de mi antiguo estado a la cumbre y señorío de esta Casa olvide yo lo que fuí: antes bien, amigos y maestros generosos, al recordarlo mientras viva, como quien teme despertar de un sueño, repetiré las prudentísimas sentencias del príncipe Segismundo, cuando ponía por blasón de sus futuras glorias el duro escarmiento de sus antiguas prisiones:

«A reinar, fortuna, vamos;
no me despiertes, si duermo,
y si es verdad, no me aduermas.
Mas, sea verdad ó sueño,
obrar bien es lo que importa
si fuere verdad por serlo,
si no, por ganar amigos
para cuando despertemos...»

Todavía, para aumentar mis confusiones y hacer más dulce propósito de humildad, evocaré el purísimo recuerdo de mi noble antecesor, la venerada memoria de aquel sabio, de aquel justo que se llamaba D. Eduardo Saavedra. No tuve yo la fortuna de conocer al gran polígrafo sino por los resplandores de su gloria, ni a las muchas y altas disciplinas que él señoreó con su profundo ingenio, su docta diligencia, su vigorosa cultura, puedo yo acercarme como no sea con pasos tímidos de admiración y reverencia profanas; pero si a los hombres de esta calidad se les conoce mejor por sus imágenes vivas, por las obras y frutos de su virtud y saber, y están aquí muy fijos y recientes los frutos y las obras del que fué vuestro amigo y compañero, bien podré, sin humos de osadía, bosquejar su semblanza con pocos y sencillos rasgos, pues no pretendo otra cosa ni la sufren mayor los límites de mi pobre discurso.

Quede, para los que puedan y sepan, loar con el debido discernimiento las cualidades de tan austero varón, las virtudes de su sentido crítico, penetrante y sagaz, la rica mies de su investigación, original y perfecta, señalando

los progresos que le deben las Ciencias físicas y matemáticas, la Geografía y la Historia, cuyas anchas rutas vino a esclarecer con las antorchas de peregrinas indagaciones. En el renacimiento intelectual del siglo XIX, en aquel silencioso amanecer de todos los estudios, caídos durante muchos años bajo el estruendo de las armas, tras la noble restauración científica del siglo XVIII, figura el nombre de D. Eduardo Saavedra en lugar eminente como heredero de las altas lumbres con que Nebrija y Arias Montano, Pedro Núñez y Esquivel, Resende y Ambrosio de Morales, Caramuel y Omerique, Hervás y Feijóo, Ulloa y Jorge Juan, Capmany, Jovellanos y otros varones de tan recio temple ilustraron las lenguas y la historia, las ciencias físicas y exactas, los términos geográficos y arqueológicos en la edad de oro y en la edad de plata de la Minerva española. Sobre tan múltiples doctrinas proyectó el maestro Saavedra los fulgores de un soberano entendimiento, de una vasta erudición, de una febril actividad, facultades que recibían vigor y luz de las íntimas excelencias de su alma, tan fecunda en altos pensamientos como en acciones generosas.

Ingeniero y arquitecto, matemático y geógrafo, historiador y orientalista, escritor abundante y castizo, llegó a sobresalir como un maestro en todas cuantas materias puso las manos y nunca por ocioso deporte sino por austera y vehemente consagración a la Verdad, pues era la ciencia para él como un remanso de su profundo sentimiento religioso, de su viril patriotismo, del ansia prócer, inextinguible, de conocer y de amar. Así, mostrando desde su juventud el dominio que tenía de las matemáticas puras y aplicadas en la construcción y proyecto de vías, puentes y faros, obras públicas e invenciones técnicas, dióse con gran afición al cultivo de la geografía española: sus investigaciones sobre el viejo solar de Castilla le llevaron fervorosamente al estudio de su historia y antigüedad; mientras construía caminos nuevos por las llanuras celtibéricas, exploraba las vías romanas, los monumentos árabes, los vestigios de las muertas civilizaciones bajo la cor-

teza rugosa de los campos castellanos. De manera que aquel ingeniero, insigne ya en sus mocedades por su pericia en la ciencia de los números, aquel inventor de calzadas y ferrocarriles, ducho en todas las industrias y artificios de la materia y de la fuerza, vino a convertirse por su gran espíritu, y merced a tan geniales aptitudes, en un consumado geógrafo, en un historiador sagacísimo, en un arqueólogo lleno de noticiosa y fragante erudición. Ampliando cada vez más los horizontes de sus estudios, ejercitó el de Lenguas, y llegó a ser un excelente arabista. Y como aun le pareciesen angostas las fronteras de España para contener los ímpetus del númen, remontó los vuelos de su insaciable curiosidad a las regiones más extrañas y escondidas del mar y de la tierra. Las primorosas monografías sobre «El Canal de Suez», «Las expediciones al Polo Norte» y las «Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas» acreditaron su sapiencia y señorío en asuntos universales, así como las obras de historia y arqueología celtibérica, romana y oriental, sus «Obras públicas y monumentos de la España antigua», «La vía romana de Uxama a Augustóbriga», «La invasión de los árabes en España» y sus estudios sobre la literatura aljamiada (tema que eligió para su discurso de recepción en esta Real Academia), demostraron su caudaloso saber, sus admirables descubrimientos en las más secretas penumbras de la Historia peninsular.

Añadid a esto sus numerosos trabajos sobre teorías y aplicaciones técnicas; su incesante labor en el campo y en la cátedra, en los institutos sabios y docentes, ya como profesor en la Escuela de Ingenieros, ya como individuo de número en las Academias de la Lengua, de la Historia, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Sociedad Geográfica de Madrid, amén de muchas Corporaciones doctas de otros países que a honor tuvieron ofrecerle sus medallas, y de los cargos públicos que ejerció con recto espíritu civil; recordad, en conclusión, sus luminosas investigaciones en el solar numantino, en las obras del Canal de Suez, donde puso muy arriba la bandera espa-

ñola, y habréis cabal resumen del espléndido horizonte que abarcaron la prodigiosa capacidad, la formidable cultura de D. Eduardo Saavedra.

Tuvo por guías y apoyos para subir tan alto, no sólo las cualidades de su robusta inteligencia, sino también las alas de su cristiano corazón: juntos y felices vivían en tan limpio hogar la razón y la fe, la ternura y el conocimiento, desposados y acicalados por el velo pudoroso de la modestia, virtud en él tan pura y propia como el candor de un niño. Fué su vida, gloriosa y dilatada, prueba elocuente de que la Ciencia, sin los penachos del orgullo, vestida con los castísimos cendales de la modestia y sencillez, inflamada por el amor de Dios, corrobora el espíritu, aquieta las pasiones, mueve la fantasía, madura los pensamientos, los purifica y los levanta a la cumbre de la belleza intelectual, allí donde se confunden la hermosura, la sabiduría y la virtud.

Más que en sus días de mocedad y de gloria probó el Maestro la grandeza y el temple del ánimo en el crepúsculo de su vejez, cuando por una triste dolencia perdió la luz de los ojos corporales. Al caer la sombra sobre sus pupilas, como un aviso y preparación de la muerte, resplandecieron en su alma con más hermosa claridad todas las luces interiores: la entereza del caballero, la templanza del sabio, la mansedumbre del justo. Cerró los ojos y la voluntad a los rayos del sol con la resignación y la paz de quien tenía dentro de su espíritu más puros y dichosos luminares; halló también hartas consolaciones en el amor de sus amigos y sus deudos, en los legítimos goces de su envidiable reputación, y pocos años más tarde fué su tránsito de este siglo al «inmortal seguro» como un ocaso de luna en «la noche serena» de Fray Luis. Docto como él, como Salinas ciego, ¡cuán raudo traspasaría el aire todo hasta llegar «a la más alta esfera» y oir el son divino de «la inmensa cítara», la música «de números concordes», bajo la suave claridad del cielo donde jamás anochece! ¡Con qué avidez y júbilo se abrirían entonces los ojos de su alma, tan despiertos en la sombra de los ojos mortales,

al fijo Sol de la Verdad suprema! Quien rastreó por los caminos del mundo con tan divina afición las claras centellas de la Sabiduría, ¿qué gozo no habrá cuando se acerque al «principio cierto y escondido», a la morada de la Ciencia sin origen ni fin?

«Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye ni siente...»

Fácil conyuntura es ésta, ya que tengo en los labios la dulce y regalada miel de los versos de Fray Luis, para otear las flores donde sorbieron tan exquisito néctar los antiguos ingenios castellanos y catar sus panales de oro y aprender el arte sutil con que supieron emular a las abejas áticas del Himeto y del Hibla. Porque buscando yo un asunto decoroso y excelente que a guisa de noble manto encubriese mi pobreza y desnudez, vine a discurrir sobre «la lengua clásica y el espíritu moderno»; sobre el idioma de Fray Luis de León, de Cervantes, de San Juan de la Cruz, y las corrientes espirituales de nuestro siglo. Parecerá presuntuoso que un ingenio lego se aventure a mantener temas que piden grande lujo de erudición y doctrina, precisamente en el lugar insigne donde el saber tiene su cátedra; pero yo no pretendo escribir nuevos códigos ni romper moldes antiguos ni entrometerme en tesis filológicas, con irreverencia y desenfado juveniles, sino disertar llana y apaciblemente, a lo poeta, sobre cuestiones que se apoyan por igual en la ciencia y en el arte, en la razón y la costumbre, en el maduro juicio de los sabios y en el ejemplo de los artistas. Con que yo me ponga a honesta distancia de los doctos y del vulgo, en ese término medio del escritor humilde y a la par independiente, que acata la ciencia de los eruditos y mide el gusto popular, sin ser partícipe de ambos, pero tomando de ellos lo que puede y debe adquirir un escritor de amena literatura; con mostrarme tal como soy, sin vanos alardes ni

escrúpulos sutiles, acaso logre cumplir la obligación que tengo de afrontar un tema literario y responder discretamente a la benevolencia de tan ilustre auditorio.

¿Son de todo punto incompatibles, como suelen decir algunos ingenios contemporáneos, la lengua clásica y la sensibilidad moderna? Este puro, castizo y caudaloso romance que discurre lleno de fuerza y de avidez, de majestad y hervor, como un ancho río de vida, en «Las siete Moradas», en la «Noche obscura», en «Los Nombres de Cristo», en los «Diálogos de la conquista espiritual», en el «Quijote»; este idioma robusto, dulce y claro, que parece invención de los ángeles para decir cosas eternas: ¿es impotente y viejo para engendrar nuevas criaturas inmortales, para sentir y comprender las emociones, las gallardías, los orgullos y las ansias del espíritu moderno? Las obras príncipes del siglo de oro, ¿no son dechados vivos sino glorias muertas, mudos trofeos de glacial arqueología, estatuas yacentes sobre las rotas sepulturas del imperio español? ¿Es menester acaso cerrar esos libros con siete llaves como el sepulcro del Cid, según mandan ahora, y fundir la lengua de Castilla en nuevos crisoles para acuñar holgadamente las novedades de nuestro siglo?

Tales preguntas son otros tantos clarines, a cuyos vigorosos clangores se despiertan, como corceles de batalla, las eternas disputas de clásicos y modernos, de la imitación y la invención, del pensamiento y de la forma, con todo el estruendo y tropel de atabales y banderas, pasiones y bizarrías que las acompañaron siempre en los torneos de la historia literaria. Hogaño, igual que antaño, muchos ingenios desdeñan la forma y niegan su virtud y señorío en el arte. Otros, concediéndola su debida importancia como cuerpo y expresión de las ideas, piden una forma independiente y libre, desgarrada de toda tradición. Y aun hay, por fin, quienes llevando el ímpetu marcial a sangre y fuego, no sólo recusan la autoridad de los clásicos y rechazan el arte (es decir, las leyes y disciplinas de la forma, los preceptos y reglas de componer), sino que arremeten, a nombre del pensamiento, contra la

materia natural del arte y de la forma, contra el lenguaje mismo, queriéndole someter al licencioso capricho individual. Acaso, de todas las rebeldías ésta es la más ciega y perniciosa, pues socava y destruye, no ya las leyes vigentes de la expresión artística, sino el instrumento vivo de la expresión.

La forma en el Arte es la púrpura de la Belleza, el símbolo de su estirpe y dignidad; con él no se esconde ni se obscurece el pensamiento, antes bien, se le rinde mayor y más público homenaje. Pues ¿quién dará mejores pruebas de amar y esclarecer el pensamiento: quien le pasea por vías y plazas desaliñado, indigente, con tosca y ruin apariencia, ó el artista que procura traerle aseado y limpio, galán y bien compuesto, para que lleve tras sí, no sólo la admiración del vulgo en la calle, sino también la opinión de los doctos en paraninfos y bibliotecas? Mal parecen refinados manjares en pobres dornillos y pensamientos nobles con groseras palabras, que no medra la verdad por ir roñosa y mal vestida ni pierde por arrearse con gentileza y pulcritud. Ni es sólo la forma gala y atavío del pensamiento, sino su carne y rostro, su estampa, su troquel, su cuerpo vivo y perenne por donde se muestra a la luz del mundo y a los ojos de los hombres. Fulguran los pensamientos a manera de relámpagos en la noche interior: inflaman nuestros sentidos, rigen la voluntad, gobiernan las acciones, pero no logran vida propia, vida independiente, hasta que salen de nosotros, como criaturas sensibles, hechas carne por la virtud generatriz del espíritu en las entrañas de la Forma. Y cuanto más robusto y excelente sea el cuerpo de nuestros hijos espirituales, más años vivirán en la tierra y darán larga prueba de sí con fuerte y copiosa prole, por todos los siglos de los siglos. Porque la materia se trunca, los hombres pasan, las acciones se olvidan, los pensamientos se esparcen, pero la Forma queda. La generación de lo Bello responde a la misma ley de la vida: fenecen los individuos, las civilizaciones, las costumbres; evoluciona la humanidad, alumbra nuevas aguas, abre nuevos surcos, pero los tipos ideales

y las formas perfectas permanecen incólumes como supremos dechados, como efigies de la eterna Hermosura.

Tan esencial como la forma en el arte es el arte para el dominio y posesión de la forma. Viejos son los errores y comunes las rebeldías contra las leyes del arte: hoy, como ayer, corren por libros y papeles, para lisonja y disculpa de los ingenios fáciles, atropellados y perezosos. En nombre de la naturaleza, del libre fuero individual, se pide romper todos los cánones, todas las leyes recibidas por la experiencia y el ejemplo de los más gloriosos artífices. La gramática, la retórica, las artes de la elocuencia y del estilo fueron siempre enemigas personales de las juventudes impacientes y ambiciosas. La Ley, garantía de toda libertad, ofende como un yugo a los amigos de la licencia. Es más cómodo y hacedero salir por átrios y lonjas pregonando novedades y falacias, como los antiguos sofistas, que inclinar la frente, llena de fuego y de sudor, en el taller de las Musas y labrar el duro mármol a golpes de martillo y de cincel. Porque a todas las herejías contra el arte y la forma presiden casi siempre la pereza y una lóbrega confusión (origen de mil errores) entre la «concepción artística», que es absolutamente personal y libre, sin estorbos ni yugos, y la «ejecución técnica», la cual arguye aprendizaje y orden, imitación y estudio de los buenos modelos, paciencia, sacrificio, vocación. Todas las artes tienen su fundamento y raíz en la naturaleza, mas de ello no se infiere la nulidad de la disciplina, pues las aptitudes naturales se ejercen con más pujanza y primor cuando las rige un prudente y luminoso magisterio. Nadie que esté en su sano juicio sofocará su propia valentía bajo la férrea pesadumbre de inútiles corazas; pero tampoco estará muy en sus cabales quien pretenda imponer a todo hierro de ley, de experiencia y autoridad los arrebatos del instinto, la temeridad y el arrojo. Contra la tiranía de los dictadores pongamos el ímpetu del númen; contra la licencia de los rebeldes, el noble ejemplo de los clásicos.

Mentar el clasicismo es para el vulgo imaginar una estantigua, un dómine enjuto y senil, de recias gafas y ca-

bellos de nieve, con las narices corvas metidas en viejos infolios y el espíritu cerrado a los aires salubres de la vida. Este será, a lo sumo, el pseudo-clasicismo francés, el melindroso genio del prosaísmo y la rutina que acicalaba los rizos de la peluca de Boileau; pero jamás el puro y neto clasicismo, el fuego sagrado que inflamó las almas de Homero y Sófocles, de Virgilio y Dante, de Petrarca y Shakespeare, de Cervantes y Fray Luis, que nada tienen de común con las pelucas y almidones del «Hotel Rambouillet». El clasicismo es fuente de vida y arte, de sencillez y grandeza, de indómita pujanza, de hermosura viril; es ansia de perfección, de belleza ideal, y a la vez realismo exaltado y vigoroso; es sentimiento de la naturaleza, amor a las costumbres, inspiración actual y permanente, libertad robusta y exuberante, rica y graciosa juventud. La sangre helénica transfundida en las arterias de Roma, las puras formas del Atica, modelando el espíritu cristiano en las aulas del Renacimiento, viven aún en las literaturas presentes, y con más opulencia en las que son hijas o discípulas del genio latino. Existe, pues, una poderosa unidad en la historia de la cultura y una tradición incontestable cuyas raíces se hunden bajo la tierra de la sacra Ilión. Nos alumbra todavía la luz del Renacimiento: sobre el polvo y el tumulto de las behetrías modernas salta vencedora esa oleada perenne y eterna de la Hermosura que brota de las fuentes inmortales de la clásica antigüedad. Los más calificados innovadores, los más rebeldes románticos, los ingenios más independientes fueron, sin mengua de su libre inspiración, profundos conocedores e imitadores del arte antiguo. Encarnar en las formas de la belleza inmarcesible los pensamientos nuevos, los sentimientos personales: tal hizo Andrés Chénier, levantándose con las alas de los poetas de la Antología sobre la retórica vulgar del siglo XVIII. Escanció Leopardi sus ansias de lo infinito, su desesperada ternura, en elegantes vasos atenienses. Derritió Carducci, con la lumbre y vigor de sus emociones, la marmórea dureza del exámetro y ató los corceles del pensamiento a la noble carroza

del estilo. Pues ¿qué decir del Júpiter de Weimar, del más cabal y profundo poeta de los tiempos modernos? ¿Dónde mayor pureza clásica? Nadie, como Goethe, recibió la influencia de su siglo para devolverla después con tan irresistible soberanía; nadie en fin se elevó con tan gloriosa embriaguez a las cumbres y nidos de las águilas del Parnaso. «Y no se diga—escribió a este propósito el clarísimo autor de *Pepita Jiménez*—que quien en cierto modo reproduce lo antiguo, ni piensa ni siente como en el día, y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal; no pasa de moda nunca, y por ella las antiguas imágenes, fábulas y alegorías renacen y cobran juvenil frescura, y adquieren significación más alta, cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas, y de allí las trae a la vida actual y a la luz del sol que hoy nos alumbra. El que tiene mente y corazón y mira el espectáculo del mundo, de la historia en su largo proceso, y de la vida humana con sus sentimientos y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos, del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua a la forma bella». Harto lo mostró con el brío de su excelente ingenio quien escribió estas palabras y derramó en sus obras la exquisita lengua de los místicos. Ejemplo también nos dan a borbollones todos los grandes poetas de Castilla, los más cultos y a la par los más originales. Pero ¿quién como el primero de todos, el inmortal Fray Luis de León

«que virtió añejo vino en odres nuevos
y la forma purísima pagana
labró con mano y corazón cristianos?»

Ya que cité los versos del divino montañés, cuya reciente pérdida lloran las Musas españolas con lágrimas de fuego y oro, ¿qué otra cosa hizo el Maestro Menéndez y Pelayo sino infundir en las puras formas clásicas el espíritu moderno de la erudición y de la crítica? Por eso fué, no sólo un sabio, pero también un admirable artífice. El estudio y

familiaridad de los modelos clásicos educa el gusto, apacienta los sentidos, nutre la fantasía de nobles imágenes, adiestra la pluma, corrige los ímpetus de la emoción, da luces al juicio y alas al pensamiento. Quien los ignora suele caer en la extravagancia o recibir su influjo por segunda o tercera mano. ¡Cuán frecuentes son los ingenios que se juzgan originales porque nada conocen, y repiten, sin saberlo, aquello mismo que menosprecian! ¡Cuántos beben con avidez en cantaricos y orzas no muy limpias el agua que desdeñaron en la fuente!

Discernida, pues, la imitación como silla, freno y espuela de la invención: ¿serán menos dignos de emularse los clásicos españoles que los griegos y romanos? Y no se tilde aquélla de imitación refleja y secundaria, pues los claros ingenios de Castilla jamás copiaron servilmente y fueron tan cabales, compitiendo con Horacio y Virgilio, como puede serlo ahora quien logre seguir y adelantar los pasos de los Medinas y Granadas, de los Cervantes y Leones. Porque lo propio y esencial, lo inimitable del poeta es el sentimiento. La originalidad no está precisamente en la forma, ni siquiera en las ideas, sino en la emoción que todo lo inflama, remoza y transfigura. Sin emoción el arte se congela en prismas duros, quebradizos e incoloros. La sensibilidad del artífice rejuvenece los antiguos moldes, los hinche de sangre y de espíritu, funde la materia en el horno de su corazón, la aquilata, golpea, dobla y repuja como blando hierro, y al imitar las formas de la naturaleza y del arte, vuelve a concebirlas y a traerlas en sus propias entrañas. Y estas creaciones son hijas del númen del artista, como los frutos de la carne, aunque unos y otros están sujetos a la ley y estructura de las formas comunes a la especie. El más alto escritor, el más independiente de cualquier siglo, aunque no quiera, no hace sino usar y perfeccionar las formas y materias artísticas heredadas de sus mayores, y sólo a condición de conocerlas y poseerlas profundamente puede llegar a superarlas y renovarlas, infundiéndolas vida y espíritu, realizando esa majestuosa evolución del arte que no se hace jamás

«por saltos», pero al modo de la naturaleza que del padre saca al hijo, de la simiente el fruto, de lo antiguo lo nuevo. Apoyándose en la tradición para aprenderla y sobrepujarla, escribían siempre nuestros clásicos: por eso eran a la vez innovadores y castizos.

El sentimiento es la semilla preciosa del arte: nuestro corazón ama la belleza, pugna por alcanzarla, como el ave cautiva salta por subir al cielo. Pero la sensibilidad no es suficiente. Todos los hombres son más o menos sensibles, y, sin embargo, ¡ved qué pocos los poetas, qué pocos los artistas que merezcan nombre de tales! Menos dichosa la criatura racional que las avecillas de la selva, no tiene como el ruiseñor un canto natural, no aprendido, para exprimir sus sentimientos. Todos los ruiseñores son artistas. Pero no todos los hombres son poetas. La sensibilidad no les basta para serlo: la sensibilidad es el arpa de Bécquer donde duermen las notas

«como el pájaro duerme en las ramas
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas...»

Y esta «mano de nieve» es la emoción; pero tampoco la emoción natural y abandonada a sí misma, sino la emoción templada, dirigida y gobernada por el arte. Sin el arte la emoción es una mano torpe y dura, no delicada y de nieve, que golpea y rompe las cuerdas de la sensibilidad en vez de pulsarlas y tañerlas con movimientos divinos. Lo cual no contradice la sentencia de que «el poeta nace»; antes bien, la confirma y corrobora, pues el poeta es el ente privilegiado que nace para sentir las más puras y soberanas emociones, y por esto es esencialmente poeta, pero no canta como el ruiseñor por natural instinto, sino por modo más alto y complejo: por naturaleza y por arte. ¡Cuántos nacieron poetas que no escribieron un solo verso en su vida! Y ¡cuántos también llenaron de versos libros y papeles sin una sola centella de inspiración! Por donde se declara la eterna verdad del precepto de Hora-

cio: nada vale el arte sin el ingenio ni el ingenio sin el arte.

Cosas son éstas pueriles y olvidadas de puro sabidas, por lo cual conviene recordarlas; pues las más bellas y útiles invenciones suelen nacer de las recias, sanotas y fecundas verdades de Pero Grullo. Por olvidar que la concepción y la expresión artísticas son cosas diversas, como el arte y el ingenio, la imitación y la invención, el clasicismo y el arcaísmo, el pensamiento y la forma; por enredar y confundir estas madejas se dicen tantas sinrazones, lo mismo en los mentideros del vulgo que en las tertulias de las gentes algo letradas. Hoy retoñan los errores del siglo XVIII y pugnan por convertir el siglo XX en un erial de prosaísmo y pedantería; desamparamos la generosa tradición castellana para irnos de bureo con el ingenio francés, que así le pega al español como a un Santo Cristo un par de pistolas.

Decir arte clásico nacional es decir arte realista; pero ni el realismo es la servil imitación de la naturaleza ni el clasicismo la imitación servil de los libros; no se alcanza la investidura de clásico sino a condición de expresar la vida, y no se expresa artísticamente la vida sin el conocimiento y posesión del arte. Quien repudia sus leyes y ejercicios e ignora las Musas griegas y latinas y desprecia las castellanas; quien destruye la materia natural del arte y de la forma, el puro y castizo lenguaje; se atiborra de libros forasteros; piensa en francés para hablar en español, y aborrece las glorias antiguas, sin conocerlas ni estudiarlas, no podrá escribir mas que dislates, sin la disculpa de escribirlos bien.

Preciso es que el poeta viva a compás de su tiempo; mas no como esclavo de sus modas ni coribante de sus danzas, sino como escrutador profundo de lo que vive claro y permanente bajo las ondas turbias de lo actual. Si desdeñando el hervor y oleaje del siglo busca en sus entrañas silenciosas y toca el eterno fondo, será, no sólo un hombre de su tiempo, sino de todos los tiempos, porque el hervor se enfría, las espumas fenecen, las ondas van a la

mar; pero el cauce es siempre el mismo y permanece inmutable bajo el estéril vocerío de las aguas.

Una literatura nueva y original, de honrada inspiración, amante de la naturaleza, nutrida con todos los aumentos de las ciencias y las artes, no puede ser enemiga de la literatura clásica ni incompatible con la lengua del siglo de oro. El clasicismo castellano es la más dichosa y fecunda unión que se ha hecho en el mundo de las dos grandes corrientes estéticas de la historia: del helenismo y el cristianismo, de la hermosura de las formas y la profundidad de los sentimientos. Ambas poderosísimas corrientes, mezcladas en un solo raudal, constituyen la sangre y el espíritu de la cultura moderna, del arte contemporáneo, de nuestras letras, usos y costumbres. Creer que las revoluciones de los dos últimos siglos han desviado, han agotado aquel eterno manantial y que las mayores novedades presentes no son hijas legítimas o espúreas del Renacimiento, es vivir de espaldas a la historia.

El tiempo actual, sobre todo en España, está plagado de ficciones, de leyendas y de equívocos, de farsas licenciosas que transcienden con grosero impudor de la política al arte. Y una de las ficciones más insensatas es la que pretende torcer y recabar para sí el sentido del progreso, el sentido de la cultura, el sentido de la civilización. Porque llaman algunos civilización, cultura y progreso a cosas tan viles y embusteras que, de ser así, habría para negar y aborrecer nuestro siglo y pedir una nueva invasión de bárbaros jóvenes y puros que barriesen hasta los últimos rastros de la libertad. Pero no: no es el progreso el jacobino codicioso, ignorante de la historia, que hace tabla rasa del arte y de la ciencia; no es la cultura el menosprecio de las leyes, ni la civilización es la ingratitud; no es el genio español de nuestros días el ímpetu negativo y brutal de las semanas sangrientas, sino el honrado númen continuador de las gloriosas tradiciones: el númen que inspiró a Don Eduardo Saavedra, a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, a muchos otros varones, lumbre y honor de la nueva ciencia española.

En nombre del espíritu moderno, interpretado y definido a merced del gusto caprichoso de ciertos hombres, suelen motejar de trasnochados y arcaizantes, en literatura lo mismo que en política, a cuantos no doblan su albedrío y su criterio al yugo impertinente de las modas pasajeras, al último patrón aderezado por los pérfidos y falaces modistos del pensamiento y la palabra. En nombre del espíritu moderno se niega la autoridad, se reniega de la historia, se escarnece la tradición, se ultraja el sentimiento religioso, se da rienda suelta a todas las pasiones, como si sólo fueran legítimos y modernos el desorden, la ignorancia, el escepticismo y la anarquía; como si el mal y el bien no los trajesen, como carga y blasón, todos los siglos. No seré yo quien calumnie al nuestro rebajando sus generosas ansias al nivel de tales heces; lícito orgullo y exquisita gloria de la presente Edad son sus progresos jurídicos y sociales, la noble preocupación de los problemas éticos y metafísicos, las peregrinas invenciones de la ciencia experimental y esta sed del espíritu, nunca satisfecho, esta trágica exaltación de las almas, que aun las hundidas en el error y la violencia se sienten hoy más desgarradas, más dolorosas y religiosas que nunca.

Cuando la corriente inexorable del tiempo arrastre al eterno mar las impurezas de nuestro siglo, quedará éste a la consideración de lo porvenir como uno de los más profundos y espirituales de la historia. Bajo las vanas espumas de la superficie, corre en lo hondo la pura linfa, el raudal de salud que vino de las fontanas de Nazareth y bañó los mármoles griegos y latinos y se cercó de rosas y azucenas en los remansos de España. Aun late en nuestros corazones modernos la tradición castiza y vive la lengua de Cervantes con su antiguo sabor, no sólo en el «Quijote», sino en boca del pueblo (que es su señor natural), fuera de los centros urbanos, donde la destrozan bárbaramente para que sirva mejor a los altos fines de la sensibilidad y del progreso, conforme sentencian estas cosas los que las miran al revés.

Porque lo que llaman «sensibilidad», y yo entiendo

como facultad de sentir, y más ampliamente todavía, como capacidad del sentimiento para las grandes y exquisitas emociones, para la compasión, la ternura, la caridad y la belleza es para muchos como sinónimo de «sensualidad», y aquí sí que llevan razón los tales, pues el idioma de Castilla, forjado por hombres fuertes y varoniles, no sabe expresar con exótica finura pensamientos livianos: blanda y regalada para decir las cosas del corazón, elegante y sutil para declarar puros afectos, es torpe, áspera y cruda si desciende a satisfacer viles pasiones.

No soy enemigo de novedades forasteras cuando se acomodan al genio peculiar de nuestra raza, cuando responden a estímulos vehementes de la necesidad o la cultura, cuando se asimilan, como sabrosos alimentos, a nuestra sangre y espíritu. Ni me gusta poner diques a la evolución de las cosas; antes bien, quiero impulsarla; pero sin saltos ni ficciones, a ejemplo de la madre naturaleza. Doy por supuesto que se ha progresado de Cervantes acá, no en capacidad sensitiva—pues la sensibilidad de un español del siglo XX, de un poeta de ahora, el más exquisito de todos, no me parece superior a la sensibilidad de Fray Juan de los Angeles, de Santa Teresa de Jesús o el Príncipe de los Ingenios—, pero sí, nadie puede negarlo, en horizontes intelectuales, en variedad y copia de saber, en ciencia y recursos económicos. Pero las nuevas necesidades que esto acarrea ¿exigen una transformación del idioma? Entiéndase: cabe renovación, y la hay de fijo, no por el antojo de los escritores ni aun por la autoridad de los maestros, sino por la libre voluntad del uso, por el oleaje de la creciente léxica, del caudal de voces, que son al habla lo que las ondas al río; pero quienes buscan destruir el cauce, la arquitectura de la lengua, su índole propia y castiza, su forma clásica, so pretexto de enriquecerla y renovarla, se conducen a la manera del insensato que heredase un cofre lleno de onzas peluconas y para rehacer su peculio principiase por tirar las onzas.

Rasgo esencial es del genio español la virtud que tiene para juntar el realismo más crudo y humano con las

elusiones más sublimes del idealismo espiritual. Esta es la clave con que acertamos a comprender su historia, su arte, su literatura, su filosofía, sus costumbres, su idioma, en fin. Patente vemos tan admirable facultad en los héroes, como el Cid Ruy Díaz y San Ignacio de Loyola; en los místicos, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz; en los grandes pintores, como Velázquez y Murillo; en los filósofos, como Raimundo Lulio y Juan Luis Vives; en los altos ingenios, como Cervantes y Lope. No hay un español de buena casta, fraile o seglar, santo o poeta, artista o teólogo, noble o pechero, que no traiga este don, a la vez divino y profano, en lo más hondo y vivaz de sus entrañas, a modo de cifra y símbolo de la fecunda naturaleza del hombre, cuyas raíces se hunden en la tierra para elevarse al cielo con más ímpetu y esplendor. Acrisolada la lengua de Castilla por almas y brazos de tan puro temple, amasó también idealismo y realismo en su inmortal encarnadura, y fué apta, recia y sensible para decir con las palabras más comunes los más complejos e ideales pensamientos. Sin otro tesoro que las razones del vulgo, concertadas por el arte de los doctos y enardecidas por el fuego del corazón, supieron expresar Alonso de Cabrera, Juan de Pineda, Pedro de Valderrama y otros tales las más encumbradas teologías, los más alambicados primores del entendimiento y la sensibilidad.

Muchos y diversos afluentes se juntaron para henchir, hermosear y enriquecer la lengua del gran siglo, subiéndola a las cumbres de su trono, orgullosa, robusta, desbordante de vida y de color, derramándola después por ambos mundos al paso militar de los ejércitos, tras las banderas imperiales. Uno de aquellos manantíos fué la vena caudalosa del Renacimiento que llenó majestuosamente los álveos de oro de Garcilaso y León, de Granada y Herrera por el influjo magistral de los humanistas y polígrafos. Otro, más español y profundo, fué el realismo castellano, la tradición genuinamente castiza, que vino a retratarse, como en anchos espejos, en el teatro y la novela. Ambas corrientes, la influencia erudita y el empuje

vulgar, viva y gloriosamente mezcladas, nutrieron la inspiración y modelaron el idioma, acentuándose, como es lógico, el realismo en los géneros populares, en las obras de Lope de Rueda, en «La Celestina», en el «Lazarillo», en el agua fuerte de Mateo Alemán, y la tendencia culta en las obras doctrinales en «Los Nombres de Cristo», en la «Guía de Pecadores», en el «Discurso» del Maestro Medina, en los «Diálogos» de Juan de Valdés, hasta venir hirvientes, torrenciales, á desaguar en el hondo piélago del «Quijote», inmenso depósito de los raudales clásicos, de las tradiciones heroicas, de las linfas itálicas, de las vertientes novelescas, de los libros de caballería, del Romancero y del Teatro, de las fuentecillas paremiológicas, de todo, en fin, cuantó nutrió la cultura y la lengua del siglo XVI. Todo lo granjeó Cervantes, de todo sacó partido para superarlo todo, para cifrarlo, transfigurarlo y engrandecerlo, para cimentar así su rotunda creación y ofrecer a la posteridad el más puro modelo del arte literario y del idioma artístico.

Es muy frecuente decir: ¿cómo escribiría Cervantes si viviese ahora? Y se me ocurre contestar: pues escribiría como escribió en su tiempo, como los propios ángeles. Hay en la factura del «Quijote», según es notorio, dos aspectos inconfundibles: el que refleja la observación potente de la vida, los tipos y costumbres, el habla común y saladísima del vulgo, y otro de erudita elegancia, con el dejo sutil de la docta antigüedad. Pues ¿acaso podía quien era tan cabal artífice desmentir la ley del arte y crear algo cuyas formas no tuviesen raíz ni antecedente? Si en la profunda concepción del «Quijote» el libre genio cervantino voló a las cumbres de la inmortalidad sin otras alas que las suyas aguileñas, fué, en la expresión artística de la obra, como todos los grandes poetas de su tiempo, un cultivador dichosísimo de la lengua heredada, el que supo traerla con más garbo, elocuencia y hermosura.

Pues a escribir ahora seguiría el mismo procedimiento que usó entonces: fundiría en el crisol de su arte el habla vulgar, el habla de los campesinos castellanos y andalu-

ces —que es hoy con pocas diferencias la misma del siglo de oro—y el idioma culto, el idioma literario recibido de los maestros. Lo que no haría Cervantes si volviese a nacer es tomar por gigantes los molinos, las bacías por yelmos, por escuadrones los rebaños y confundir la ciencia con la pedantería, la realidad con la ficción, el espíritu con la letra, como suelen muchos ahora, creyendo a cierra ojos que tiene color y sabor de romance castellano el que priva en los mentideros de la ciudad y en las mesas de los cafés, el mestizo idioma que corre por libros y papeles bajo la pluma de algunos escritores, tan distantes del pueblo español como la Selva Negra del río Guadalquivir. Aborrecer de esta suerte la pulcritud de la forma y escribir a cien leguas de la realidad y la tradición es volver la espalda a las dos realidades, a las dos tradiciones en que se apoya la literatura de todos los tiempos: el arte clásico y el buen sentido popular.

La decadencia y laxitud creciente de la lengua culta nos exige a todos—pues todos somos algo pecadores—la obligación de tornar a las fuentes de su pureza nativa: el habla común y los modelos de antaño. Sacar a luz los libros del siglo de oro no es galvanizar difuntos ni remover escombros y cenizas; porque el idioma purísimo y rozagante del «Lazarillo», del «Guzmán» y del «Quijote» vive no sólo en esas obras perennes, sino también, con ruda lozanía, en la boca del vulgo, del generoso vulgo español, en las riberas del Tajo y del Guadiana, del Ebro y del Tormes, del Bétis y del Genil. Lo que sucede es que así como en estos pícaros lustros de vocinglera demagogia se van perdiendo todos los caudales, todas las ricas herencias del pueblo español, sus vínculos de raza, su orgullo viril, sus costumbres y fueros democráticos (los cuales en otro tiempo juntaban familiarmente al vulgo y a los doctos en la vida y en los libros, en las acciones y en el habla), vemos ahora cada vez más en pugna y en divorcio a los letrados y al pueblo, hasta el punto de vivir como dos castas incompatibles sobre el mismo solar. Y esta profunda separación entre el vulgo y los elementos intelectuales

y directores—que dió origen a todos los desastres del siglo XIX—inflige no pocos daños a la vida civil y a la república de las letras: uno de ellos es que ambos, los cultos y la plebe, no sólo se desprecian, porque mútuamente se ignoran, sino que tienden a usar dos idiomas distintos. ¡Cuán lejos estamos de aquella augusta democracia española en que al ornato y brío de la elocuencia no eran pobres ni angostos ni plebeyos los límites del romance que todo el mundo hablaba y entendía; cuando una «plática familiar de vieja castellana junto al fuego» bastaba a contener holgadamente, no sin primor y elegantísima hermosura, los más altos conceptos del Amor divino! Ahora, los artistas de la palabra, huyendo por lo común del vulgo y de sus puras tradiciones, raíces todas de la patria, se forjan a su sabor otro lenguaje, lleno de presunción y altanería, para hallarse más a compás, según ellos dicen, del espíritu moderno.

¡El espíritu moderno! Pero ¿existe tal vez un espíritu *actual*, extrínseco, independiente de la inmutable naturaleza humana, una especie de *anima temporis*, superior a las almas substanciales y eternas de los hombres? Esto que, en absoluto, en pura filosofía, es contradictorio, pues el hombre no cambia de naturaleza, es siempre el mismo en sus rasgos íntimos y fundamentales, parece un hecho en el orden relativo de la historia. Cada estado social, cada siglo y aun cada pueblo o comunidad de hombres tiene su índole propia, una fisonomía, una vocación dominante, un modo peculiar de conocer y sentir la vida, a todo lo cual suele llamarse *espíritu*, no con entera exactitud, pues lo que el tiempo muda, lo que el progreso labra, lo que la ciencia y el arte rectifican o descubren no es la esencia, el espíritu de las cosas, sino sus formas y fenómenos, sus relaciones y sus leyes, y aquello en que una sociedad difiere de otra en el transcurso del tiempo no es en el espíritu sino en sus modos de actividad u orientación. Debería, pues, decirse en vez de alma o espíritu y otras expresiones (materialistas y viciosas aplicadas a lo temporal), genio o carácter, como más propiamente decían los antiguos,

Mas, despejando esta cuestión de fórmulas y de nombres, fácil es advertir cómo, en un campo relativo y con fronteras no bien determinadas, toda nueva cultura ofrece un nuevo modo de interpretar la vida y acomodarse en ella, de donde nacen códigos, instituciones, costumbres, artes y ciencias más o menos puros que a su vez modifican la condición moral y hasta el semblante físico de los hombres y de los pueblos. Sobre el fondo común de la naturaleza humana, sobre ese modelo inalterable, ¿quién no advierte el matiz de cada siglo? ¿Quién, sin ser poeta, no se figura las edades y civilizaciones como bultos o retratos de singular fisonomía, como imágenes de hombres que, aun siendo tales, aun teniendo todos el aire de la familia, de la especie, acusan la poderosa diferencia del rasgo individual? Hombres fueron, y en el más alto y duradero sentido, Platón y San Agustín, Aristóteles y Kant: nadie podrá confundir sus nombres ni sus vidas. Egipto y Grecia, Cartago y Roma, la Edad Media y el Renacimiento, son formas históricas del espíritu eterno de los hombres; mas ¿quién osará decir que son iguales?

Ahora bien: ¿qué rasgos caracterizan a nuestro tiempo y le hacen diferente de los otros e inconfundible en la historia? Antes de responder a esta pregunta es preciso aquilatar *nuestro tiempo*, saber cuál debemos circunscribir en la serie de los últimos siglos como época singular y provisionalmente moderna. Conviene concretar mucho estas cosas porque de su confusión nacen innúmeros errores. Moderno es distinto de contemporáneo; mas la mayor parte de los que se llaman a sí mismos *hombres modernos* quieren decir que son *contemporáneos*, esto es, *actuales* en el sentido más próximo, limitado y torpe de la palabra. Ser moderno de esta manera es no ser nada espiritualmente, pues, por una parte, sólo implica el hecho natural de la existencia en el momento que se dice, y, por otra parte, la ciega sumisión a lo más fugitivo, externo y superficial de la vida presente, por cuanto ésta sólo adquiere fijeza, significación rotunda, así que concluye de elaborarse, cuando logra sustraerse al crudo rabión de lo inmediato. Por eso

abundan los hombres que se juzgan modernísimos al ser esclavos de la moda, y se apresuran a adoptar, según dijimos, el nuevo figurín, la última postura, aun a riesgo de parecer rídiculos y añejos en cuanto salta el aire de otra moda y cambia la veleta de la movible actualidad. Para ser íntima y verazmente moderno conviene huir de las corrientes superficiales del siglo y descender a las capas serenas y profundas que, siendo actuales y vivas, son también de todos los tiempos, porque entrañan la historia sin solución de continuidad. Sólo de esta suerte, desdeñando el instante que huye, para abarcar de golpe lo pasado y lo porvenir, se es hombre moderno y, a la par, hombre de espíritu. Así, Cervantes, al sacudir las espumas de su época, fué el más moderno de sus contemporáneos y sigue siéndolo en nuestros días y lo será por todos los siglos de los siglos. Mas ¡cuántos escritores, entre sus coetáneos, por seguir la moda pseudo caballeresca de entonces hallaron su propia mortaja en los flamantes arreos de la engañosa actualidad!

A esta luz no me parece difícil conocer la índole de nuestro tiempo y apartar de su rostro los afeites y percibir, tras los falsos barnices, los rasgos agudos y característicos, los que descubren su peculiar condición, aunque sea de un modo aproximado, pues tal estudio sólo puede hacerlo, clara y definitivamente, la posteridad. Tres vivas inclinaciones, a mi entender, singularizan nuestra época y le dan carácter impetuoso y bizarro; tres fuertes impulsos cuyas raíces, aunque son bien robustas y antañonas, hallan más dócil tierra y más viciosa nutrición en el suelo abonado y ardiente de nuestro siglo. Ello es, al fin, que la Edad presente, aun advirtiendo cuán artificiales y movedizas son las fronteras cronológicas, puede reducirse, desde el último tercio del siglo XVIII, a tres grandes movimientos: la democracia en la sociedad; el criticismo en la ciencia; el romanticismo en el arte. Explicar la convivencia de principios tan contradictorios y discernir cómo su recia pugna y perenne conflicto producen la inestabilidad y perpetua fluctuación de todas las cosas modernas, sería labor inte

resante, pero ajena al fin y proporciones de mi discurso. Así, conforme entiendo, Rousseau, Kant y Goethe son los hombres representativos de la época; el *Contrato social*, la *Crítica de la razón pura* y el *Werther* las fuentes aun no agotadas, los veneros embriagadores de nuestro siglo igualitario y a la vez individualista, negador de todo y ansioso de afirmaciones, cristiano y pagano, siervo de la experiencia y soñador de lo infinito, apologista del derecho y rebelde a toda ley, romántico hasta en el clasicismo más docto y en el naturalismo más vil, egoísta y sensible, materialista ciego e idealista fanático, incrédulo y místico, monstruo colosal de herejías y de glorias, como nieto, al fin, aunque desfigurado, del Renacimiento.

Al ordenar en lo posible las frondosas ramificaciones, los frutos peregrinos de este árbol de vida y de ciencia vemos: que las teorías absorbentes y democrático-socialistas del Estado traen, junto a los más groseros ímpetus de la barbarie jacobina, no pocas leyes de generosa protección, nobles instituciones de caridad y enseñanza, de previsión y de ahorro, el concepto cada día más justo del deber y del derecho, la progresión creciente de la vida civil; la crítica implacable de los antiguos instrumentos de conocer ha producido el desarrollo insigne de las ciencias de aplicación, y, al mismo tiempo, una inquietud, un pesimismo vagabundo que, al cabo, después de errar y gemir en las tinieblas, torna a las luces inmortales con ansias vivas de conocimiento y de amor; la libertad romántica de los artífices y poetas ha ensanchado los horizontes del númen, ha enriquecido las artes, ha puesto cerca de nosotros las lejanías históricas, las razas forasteras, los ideales antiguos y, a vuelta de muchos errores y complacencias malsanas, se le debe, sin duda, una mayor comprensión de la naturaleza, una más honda piedad, el amor al paisaje, a la música, a los goces del entendimiento, esa ternura tan delicada, esa simpatía del niño y la mujer que transciende, si no a la vida pública, a lo menos en los papeles y en los libros de ahora. Pero todo, el bien y el mal, surge revuelto y confuso, alterado por extrañas fermentaciones, lejos, tal

vez para siempre, de la serenidad y proporción de otras edades que hoy, acaso por la poética distancia, nos parecen más bellas y dichosas.

No se me oculta lo temerario y escabroso de estas síntesis cuando no las precede un cauto y minucioso análisis; pero es tan amplio y sugestivo el tema, tiene tantos aspectos interesantes, raíces tan fuertes y tan finas, sugiere tantas ideas que nacen, al correr de la pluma y la palabra, como vegetación maravillosa, que temo agotar vuestra paciencia y escribir un libro en lugar de un discurso apenas me pare a razonar las más elementales proposiciones.

Y ahora ¿cómo someter este espíritu moderno, indisciplinado, contradictorio, multiforme, a una ley clásica, a un instrumento riguroso, fijo, en cuanto puede serlo un idioma? ¿Cómo conciliar ese genio rebelde, ansioso, cosmopolita, ultra-romántico, ondulante, con una forma elaborada en otros tiempos para expresión de otras diversas generaciones? La dificultad, a mi juicio, es sólo aparente y se funda, no en una cierta oposición y discordancia de la lengua antigua y del espíritu nuevo, sino en la confusión que, como antes dije, suelen establecer entre la materia y la forma, entre el pensamiento y la expresión. Desde un punto de vista general y filosófico las palabras son los símbolos de las ideas, no las ideas mismas; merced a lo cual cambian las ideas, pero sin destruir por ello las palabras, antes bien, vivificándolas al henchirlas de conceptos nuevos. Las voces latinas *virtus*, *humanitas*, *libertas* y otras tales no han fenecido al desvanecerse las nociones antiguas que expresaban: ahí están perennes (como esos vasos marmóreos del Museo Vaticano), tan dóciles al pensamiento de Virgilio como al genio de la Iglesia católica. Ambos, la palabra y el vaso, contuvieron un día muy distinto licor; ambos, ahora, son útiles y bellos en virtud de su nuevo y sabroso contenido. ¿Quién osa decir que ha muerto la lengua inmortal de Roma y de la Iglesia, el verbo preferido de la ciencia y la fe? ¿Qué poeta se atrevería a afirmar que no caben sus altas efusiones en el idioma de Cicerón?

Viniendo a nuestro romance castellano, aun es más fácil conciliar su genio con el espíritu del siglo. De los tres caracteres que en el mundo moderno sobresalen, dos de ellos, la índole popular, democrática, y el romanticismo individualista y peregrino, fueron siempre rasgos peculiares y profundos de la sociedad española en todo tiempo: acuñados están con vigorosos troqueles en la castiza tradición, en las costumbres y el idioma, desde el *Poema del Cid* hasta los *Episodios Nacionales*. Pocas literaturas habrá en que, sin mengua del magisterio clásico, abunden con tan indómita lozanía los escritores independientes, los curiosos, andariegos y «pelegrinos», las vidas novelescas y desgarradas, los audaces innovadores, los guerrilleros de la pluma, en cuyos trotes y lances no es raro descubrir algunas hembras, como aquella poetisa Doña Feliciana, herida de amores, que anduvo en hábitos de varón por las aulas salmantinas. El fuero popular, origen de la moderna democracia; la libertad en el arte, esencia del romanticismo, son cosas tan nuestras, tan españolas, que a cada paso ofrecen el más rotundo testimonio, desde las obras de ambos Arciprestes, Juan Ruiz y Alfonso Martínez, hasta las comedias de Lope. Cuanto a la tendencia crítica y psicológica en la especulación intelectual, si no con las actitudes rencorosas y disolventes que adoptó en los enciclopedistas y filósofos, allende las fronteras, tuvo en España insignes representantes en su edad de oro, hartos ejemplos de bravía entereza, de libre juicio, de famosa intrepidez. El órgano nuevo de lord Bacon, el método cartesiano, la escuela escocesa, la crítica poderosa de Kant, hubieron aquí muchos y audaces precursores. No es preciso apelar a esas figuras tempestuosas, umbrías o infortunadas de los heterodoxos, de los Servet y Molinos para hallar ejemplos de libertad científica: Vives, Suárez, Gómez Pereira, Huarte, y aun los teólogos, como Francisco de Vitoria y Melchor Cano, esgrimieron con robusto empuje la nueva palanca del espíritu crítico. Hasta los gramáticos y preceptistas más severos, desde Nebrija, el Pinciano y el Brocense, a Caramuel y Feijóo, dejaban siem-

pre a salvo el libre arbitrio individual, los derechos del númen, pues tales fueron las tradiciones de la escuela española a partir de los siglos de Quintiliano y de Marcial. Pero esos alardes y otros muchos de orgullo democrático, de brío filosófico, de romanticismo batallador, acertaron casi siempre, por raro y noble privilegio, a armonizarse con la fe católica y con las leyes del arte clásico y eterno, sometiéndose todos, sin mengua de su pujanza españolísima, en el orden de la filosofía moral, a las admoniciones de la Iglesia, y, en la filosofía de lo bello, a las doctas enseñanzas del mundo antiguo.

España, hay que decirlo de una manera rotunda, enérgica y concluyente, es el país de vida más intensa, profunda y espiritual de cuantos forjaron el mundo moderno. ¿Cómo han de ser ajenas a su idioma y condición las novedades de nuestro siglo? Si hoy yace caída al pie de sus pasadas glorias, no por eso es menos patente su voluntad de vivir. Porque todo español ama la vida, ésta de abajo, y más codiciosamente la de arriba, la eterna. Por esto, por la pasión heroica y entrañada de la vida, no creamos sistemas filosóficos sobre el cimiento exclusivo de la razón; más ambiciosos, más grandes, sabemos forzar con los ímpetus del querer el secreto del eterno vivir, y fundamos la filosofía, no sólo en la glacial inteligencia, sino en la carne viva del corazón enamorado, que hiende lo Infinito con las alas de la voluntad. En estas divinas efusiones, en estos fuegos de amor se ha fundido y aquilatado nuestra castiza lengua: ¿cómo no ha de ser apta para expresar mejor que ninguna las ansias del siglo? La idea más profunda, la abstracción más difícil, el más tenue matiz, pueden hallar en nuestro viejo castellano la más perfecta expresión, sin que pierda un átomo de su esencia metafísica, ganando con las palabras en transparencia y nitidez. Claro está que si se juzga por algunas de esas traducciones de filósofos modernos,que suelen hacer en el español indigente de nuestras aulas de hogaño,es fuerza declararse vencidos por el adusto alemán y hasta por el menguado francés.

Cuando el lenguaje se vicia de tal modo que amenaza corromperse y parar en dialecto, sin razones sociales o históricas que lo disculpen o justifiquen, hay que volver a las canteras maternales, a los libros viejos, a la rústica plebe, y limpiar en esos crisoles el idioma, si no preferimos perder con él la más firme garantía de independencia, la más noble corona de nuestro imperio espiritual. La lengua clásica, la lengua de Cervantes y Fray Luis de León: he aquí el tipo ideal, el hermoso y resplandeciente dechado que debemos tener ante los ojos; este es el sol de la grandeza española que aun no se ha puesto en el horizonte, que aun permanece fijo en el cielo, como lumbre y guía de cien millones de almas. Aquí perduran los vivos rescoldos de la edad antigua, las luces del remoto Oriente, las antorchas de griegos y latinos, las hogueras de Cides y Almanzores, los incendios gloriosos del Renacimiento, las luminarias del pueblo castellano, en la cumbre y soberanía de su esplendor y madurez.

Forjada en tantos yunques, derretida en tales hornos, vino a ser la Lengua, lo mismo que la Raza, libre, copiosa y multiforme, dentro de su robusta unidad. Y así como la Raza al derramarse por el mundo, llena de fe y de ambición, supo vencer y descubrir tierras y mares para lastrar sus bajeles de peregrinos tesoros, también la Lengua, avasallando imperios, se engalanó con todo aquello que le plugo y trajo á Castilla, con el oro y la plata, muchas piedras preciosas de diverso origen. Asentó sus cimientos en las ruinas de las primeras hablas peninsulares, puso el pie sobre las fuertes raíces del eúskaro, labró los rotos mármoles latinos, atavióse con elegancia helénica, supo emular los apasionados acentos del Yemen, apacentó sus místicas ternuras en la sacra lengua de Israel, llena de tropos y aspiraciones, de sonidos misteriosos y guturales, imitó las melodías del italiano, las voces compuestas del alemán; pero sin perder nunca su ser propio, tomando las cosas nuevas o extrañas para hacerlas suyas con invencible señorío, acomodándolas antes a su genio y virtud.

Tuvo a gala imprimir la libertad y la fuerza en todas

sus formas gramaticales, sugerir, al modo moderno, mucho más de lo que expresan las palabras; sacar éstas de su lógico asiento para mejor resplandecer en el período; repetirlas con arte para declarar la vehemencia de los afectos; entretener la oración con incisos y paréntesis, como en plática familiar, prestándole animación y vida; esparcir a manos llenas sobre los surcos de la dicción las flores agrestes de la fantasía popular, con tanto donaire y originalísimo gracejo que nunca se pueden traducir, ni aun por aproximación, a otros idiomas.

Pues todo el patrimonio de la sintaxis nacional, riqueza de profundo valor artístico y humano, todo el acopio léxico de nuestra raza vencedora van perdiéndose, van sepultándose bajo la capa de un dialecto medio español, medio francés, torpe, seco, duro, frío, con humos y lamparones de pedantería intelectual. Es decir, que en contra de lo que llaman servidumbre académica y en nombre de lo que fingen espíritu moderno, destruyen la soberanía de la Lengua, cuya gramática oficial, lejos de ser un código de represión, es un espléndido fuero de amplitud democrática, pues siempre, con el hierro y con la pluma, quisieron los antiguos castellanos vivir libres y señores.

Sin negar las cualidades de claridad, finura y corrección del idioma francés, que no es preciso difamar lo ajeno para ensalzar lo propio, está bien patente y manifiesto que entre las modernas lenguas latinas parece la de Francia como la más prosáica, enjuta y uniforme de todas. Sólo por el acre pesimismo que acobarda y abate a muchos hombres de este tiempo, sólo por la incultura y anemia de sus espíritus se concibe esta burda manía de atar el hermoso corcel de la lengua española, tan fogoso en sus galopes y escarceos, tan fino y ágil en sus vueltas, tan bravo y marcial en sus ímpetus, al freno y esclavitud de la sintaxis galicana, y aun al duro compás de su monótona prosodia. Si Pablo Verlaine hubiera nacido en España ¡qué versos no hiciera con este idioma nuestro tan blando y flexible para el matiz, tan rico en harmonías imitativas, tan dulce para el gusto musical!

¿Cómo encarecer su feliz combinación de sonidos fuertes y suaves, rotundos y misteriosos, voces largas y breves, la encantadora melodía de sus números y cadencias, el boato de su léxico y, sobre todo, la libérrima construcción, el donaire y desembarazo con que huye de las repeticiones y estorbos, y cabalga a rienda suelta como elegante amazona llena de orgullo y bizarría?

Lejos de la mesura y proporción del francés, admite muchos tonos contrapuestos, revienta de salud y fuerza plástica, luce formas redondas y turgentes, sin que le falten arrullos y melindres cuando lo pide la ocasión; tan pronto se amartela y llora como se alza con el látigo en el puño para defender su noble honestidad, y hasta se burla a veces de la lógica, haciéndole donosas morisquetas con retruécanos, burlerías e idiotismos. Y cuando para humillar a pobres envidiosos abre las arcas de sus caudales y muestra el insolente lujo de sus vestidos y sus joyas, el Potosí de sus cofres, el fulgurante aparador de su rico diccionario, no hay lengua en el mundo que no desmaye, avergonzada y triste.

Pero no es el derroche léxico, repito, la mayor virtud de los clásicos del siglo de oro, sino la riqueza sintáctica, la novedad, el garbo, la plenitud y maestría de las oraciones, la variedad gallardísima de los giros, la osadía de las metáforas, el desenfado y robustez con que mueven la pluma, como dueños y señores de la materia y de la forma. Ya aplican la espuela en torneo y simulacro marcial, atajando muchas razones con pocas y fuertes palabras; ya enfrenan la ardiente boca del fogoso corcel metiéndole despacio y con elegantes rodeos por la gran muchedumbre de las ideas; aquí se solazan al pie de las frondas y las fuentes, soltando la rienda del estilo oratorio, lleno de imágenes y valientes figuras; allí recogen las florecillas del campo, los refranes y agudezas, requiebros y comparanzas del vulgo, y subiendo el tono, acullá, encendidos en el fuego de la inspiración y de la fe, remontan las alas del lenguaje humano a las vertiginosas cumbres de lo divino.

¿Qué género del arte, qué primor del espíritu moderno serán incompatibles con la lengua clásica? ¿La poesía? Válganos la memoria de Fray Luis. ¿La novela? Cuando no viviese el Hidalgo inmortal acudirían en bullicioso tropel, los pícaros de Tormes y Alfarache, con toda la caterva de buscones y escuderos, Celestinas, Justinas y Doroteas de sabrosa invención. ¿El teatro? Los manes de Lope y Tirso nos acorran. ¿La política? Vengan aquí los Torres y Guevaras, los Quevedos y Navarretes, Juan Márquez y Saavedra Fajardo. ¿La historia? Sed testigos, vosotros, Padres Marianas y Sigüenzas; claros varones de aguileñas plumas, Gómaras y Mendozas y Mejías, Garcilasos y Melos, Moncadas y Solís. ¿La ciencia que llaman positiva? Descanse en paz el vocabulario científico español, tan gráfico y vigoroso en otras centurias, muerto ya bajo la triste pesadumbre del tecnicismo de ultrapuertos. ¿La filosofía? Ose quien pueda demostrar que el verbo candente y misterioso donde cuajó «la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron», no sirve para traducir las ansias del espíritu, las vislumbres de la razón, los deseos entrañables y obscuros de nuestras almas calenturientas.

Si, como dicen todos, el rasgo principal del espíritu moderno es la inquietud, la rebusca angustiosa de lo Infinito, ¿dónde habrá una lengua que exprese la inquietud y el ardor como la lengua española, acostumbrada a escrutar en las tinieblas de la Noche los relámpagos de la eterna Luz, elevándose a las más puras contemplaciones de la Verdad? Si hay un idioma en el mundo que tenga bríos para subir tan alto es este de Castilla, el de San Juan de la Cruz, el que ascendió «por la secreta escala» y oyó en la dulce «soledad sonora» «el silbo de los aires amorosos» y conjuró con voces inmortales

«á las aves ligeras
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores ..»

¡Oh lengua peregrina que igual supiste caminar por la tierra entre pícaros y galeotes, cuadrilleros y mozas del partido, durmiendo en cárceles, mesones y burdeles, como subir a los palacios y a los púlpitos y escalar el cielo con manso vuelo de paloma! ¿Perdiste ya las alas y los bríos?

¡Oh, tú, Poeta del siglo XX, quienquiera que seas, baturro ó manchego, astur o montañés, navarro o andaluz, español, en suma, que vale tanto como latino o griego: si pretendes arrancar a las Musas un eterno laurel, no busques fuera del solar dechados; usa la lengua que Dios te deparó, la noble lengua castellana! Por grande y sutil que fuere tu espíritu, por alto que frisen tus pensamientos, ¿qué no podrás decir con el idioma de Cervantes y San Juan de la Cruz? Porque si quieres hablar de amores y de ternuras, a lo mimoso y roncero, ¿dónde hallarás expresiones más suaves y regaladas, más carantoñas y fiestas, más lindos piropos, más infantiles diminutivos, más derretidas mieles? Y si te diera por lo rotundo y marcial, ¡qué de voces bárbaras y crudas, qué de roncos y férvidos sonidos para describir el horror y tumulto de la guerra, el estruendo y tropel de las batallas, los retemblores y estampidos de la pólvora, el áspero rodar de los carros, el espantoso choque de la carne y el hierro, las corazas rotas, los salvajes relinchos, la tierra que treme, el cañón que retumba, el huracán que pasa, la sangre, la noche, el trágico silencio de la derrota y de la muerte!... Pues si tu mansa condición te inclina a más apacibles horizontes, arrullo te darán las ondas de los graciosos manantiales y habitación las selvas, y correrá el estilo puro y claro como el agua destilada y serenísima de los recónditos neveros. Y, por fin, cuando pretendas revelar mociones de la vida interior, este idioma tan carnoso y turgente se adelgazará en tus manos como tejido inconsútil, como tela viva y sensible de impalpables nervios, donde se sienta la vibración de tu alma y dibujen los dedos de los ángeles maravillosas alegorías.

Famosa urdimbre es esta del romance español, bro-

chada y recamada por santos poetas y místicos artífices: palio del sumo Verbo, púrpura de Reyes, toca de vírgenes, velo de custodias, brocado de casullas, lienzo de banderas, paño de altar, vestidura honestísima de pensamientos limpios y veraces, airosa capa de corte castellano, rica en hombros de hidalgos caballeros, garbosa al talle de los chisperos de Madrid, manto imperial ceñido al vigoroso cuerpo de nuestra raza insigne.

¡Con qué orgullo y, a la par, con qué profunda confusión me acerco yo ahora a los umbrales de su morada y arribo al templo solemne consagrado a su culto, mantenedor de sus antiguos esplendores! Digna es esta Real Academia del singular tesoro que le fué confiado. Merced a su dignidad, sabiduría y tolerancia señoreó majestuosa, incólume, las ardientes disputas, las fluctuaciones del gusto, recibiendo por igual en sus sillas a clásicos y románticos, a eruditos y poetas, a los humildes y a los próceres, con la serenidad augusta de las instituciones inmortales. Atenta sólo á defender la honra y soberanía del lenguaje español permanece ha dos siglos en su glorioso puesto, ajena a todas las facciones, inmune a todos los contagios, cumpliendo su misión bienhechora bajo las lumbres claras y perennes de la Ciencia y la Tradición, de la Autoridad y el Progreso. Al inclinarme, lleno de gratitud y reverencia, ante sus puros blasones, envío también una efusiva salutación a las nobles Academias americanas, a los generosos hispanistas extranjeros y a cuantos desde lejanas tierras dedican sus luces y estudios al esplendor de nuestra Reina y Señora, la Lengua Castellana.

———

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

Señores:

Por primera vez me toca dar en nombre de todos la bienvenida fraternal a un nuevo Académico, expresando la satisfacción con que acogemos su colaboración y su compañía. Siempre me agradaría el honroso cometido, y en cumplirle hallo hoy complacencia doblada porque considero el ejemplo hermoso y alentador que ofrece la entrada en esta Casa de D. Ricardo León.

Desde que publicó su primer libro, *Casta de Hidalgos*, blasón inicial de su escudo literario, transcurrieron cuatro años, no más, hasta el día en que la Academia se halló unánime, con espontánea conformidad, para elegir al novel escritor, todavía mozo, de modesta aunque honradísima condición social, cuyo único valimiento era el de sus obras, sin otras alas que su pluma para remontar el vuelo.

Los demás votos se allegarían sin duda como el mío, de que puedo dar testimonio. Había el Sr. León publicado *Casta de Hidalgos*, *Comedia sentimental* y *Alcalá de los Zegríes* durante los años 1908 y 1909, mientras estaba yo atenido a rigurosa abstinencia de tan regalados manjares. Desconocía al autor y a los libros; una tregua veraniega me deparó ocasión para leerlos, y cuando desde lejana soledad campestre expresé mi pobre juicio, en carta dirigida al que entonces era nuestro Secretario, me contestó poseído de igual admiración y tan determinado como yo para llamar sin tardanza al seno de la Academia al autor de obras tales, que, lejos de sendas trilladas, se apa-

recía de improviso por la más alta cumbre. No hubo perplejidad; el acuerdo precedió a la deliberación.

La significación ostensible del hecho que así se cumplió excede las más encarecidas frases laudatorias, con la otra ventaja de tener auténtica e insuperable ingenuidad; porque un buen afecto ha podido y siempre podrá sugerir alabanzas que, siendo sinceras, no guarden justa proporción con los méritos, mientras que constan por entalladuras en la realidad viva, no deliberadas ni casi advertidas al tiempo de abrirlas, los títulos literarios con que nuestro nuevo compañero viene a su sillón; y hablo de la espontaneidad y la presteza del veredicto que iba implícito en la votación unánime de la Academia, antes de invocar el testimonio principal, que está en las áureas páginas de sus libros.

Ellas acreditan sensibilidad exquisita y consumada maestría en el desembarazado manejo de nuestro idioma para declarar, matizar, perfumar y ennoblecer los conceptos; muestran, además, a tiro de ballesta haberse formado el escritor con algo más que felicísimas disposiciones naturales, ejercitadas en el comercio asiduo con los mejores modelos. Ni aun de la más privilegiada vocación literaria pudiera el cultivo obtener frutos tan tempranos y sazonados si a D. Ricardo León hubiese faltado el almo y adusto magisterio del dolor y la adversidad.

Primero que él naciese reveses de fortuna alojaron en su hogar la tristeza, y quebrantos de su propia salud le dieron la dolencia corporal por hermana gemela, que le acompaña todavía. El Cielo no le negó el santo acogimiento del maternal regazo ni la guía paterna en la primera formación del espíritu, aunque antes de completarla sobrevino la orfandad. Piedades fueron que dejaron salvo el corazón; pero lo demás de su vida ha consistido en aspereza y desabrimiento, ruda prueba de la cual salió mostrando ser su alma de las escogidas; no de aquellas que el infortunio avinagra, solivianta y emponzoña, sino de estas otras que jamás olvidan su originaria y definitiva patria, permaneciendo para ellas siempre lejanos y

subalternos los casos y accidentes del trajín mundanal, las cuales con íntimas dulzuras y con acendradas delicadezas toman desquite de la inclemencia exterior y, hallando anublada la vida terrena, con ansias redobladas se nutren, se exaltan y se recrean al calor de los luminares radiantes en el firmamento espiritual.

Para almas de este temple está reservada la maravillosa inmunidad que las mantiene plácidas en la tortura y vigorosas en la paciencia, como si en ellas se embotase el aguijón acerbo del dolor. El sufrimiento no les enturbia las perspectivas luminosas y alegres en la vida, ni ser ajenas estas venturas les estorba para tratarlas con optimista benignidad; tienen aprisionadas sus tristezas como destellos de linterna sorda; para la vida exterior se transfiguran, sin que de la secreta amargura ni una lágrima empañe su visión ni una gota se mezcle con la tinta en que mojan su pluma. ¡Heroico vencimiento de un batallar cuyo testigo único es el Dios que reflejan las conciencias limpias!

Por haberse forjado en tan duro yunque el alma de D. Ricardo León tienen sus libros un sello singular. No tan solamente admiramos la fidelidad acuciosa con que observa y la perspicacia con que desentraña las realidades en cosas y personas; la sobriedad y firmeza de los trazos con que vigorosamente describe, inundando de luz y color sus cuadros, así en el orden material como en el moral; la sensibilidad con que se le comunica la muda elocuencia de la Naturaleza y acierta luego á verter fresco, rumoroso y perfumado con sus agrestes aromas, en el ánimo del lector, este raudal inagotable de poesía; la limpieza y sanidad del criterio con que forma sus juicios, siempre nobles y honrados, y la bondadosa blandura de que están impregnadas todas sus advertencias; el cautivador ambiente de sinceridad, habitual en quienes nada recelan de la luz y le dan entrada franca hasta los últimos repliegues del sentir y el pensar; en suma, cualidades y primores cuya consideración, cuando se hace con designio de crítica literaria, evoca y empareja, naturalmente, recuerdos y nombres de otros escritores y otros libros contemporáneos,

hasta sugerir pronunciamientos que resultarán más o menos favorables, según sean las tendencias y predilecciones inevitables, ante la frágil imparcialidad de cada lector. Mas las obras de León ostentan otra fase que nos desvía de hacer paralelos y las caracteriza con sello peculiar.

Para explicárnoslo no bastaría su asiduo trato con nuestros grandes escritores místicos y ascéticos, del cual necesitaron comúnmente por su artística afición literaria movidos y para completar el estudio del habla, aun los disidentes que con mayor vehemencia repudian el fondo substancial de semejantes libros. La huella de estas lecturas se hace visible en los más, si no en todos los cultivadores de nuestra literatura, por lo que atañe al manejo del idioma, en su léxico y en sus giros y galanuras. Mas Ricardo León no es tan sólo poseedor del caudal artístico que manejan cuantos benefician la cantera; tampoco hace imitación cuidadosa, reproductora de antiguas joyas: es renuevo lozano y fructífero de la vieja raíz, henchida de sávia imperecedera y pujante. No es un discípulo, sino un místico más, en quien los «angélicos concibimientos» de mayor elevación y de más acendrada piedad brotan, no á guisa de ejercicio profeso, sino con espontaneidad ostensible, como del pedernal las chispas, al contacto de los casos, los conflictos y las peripecias de la palpitante vida moderna, que mira y trata con plena crudeza.

Señaladamente en *Casta de Hidalgos*, en *Alcalá de los Zegríes* y en *El amor de los amores*, pero de buena razón débese decir que en todos sus libros, con las más diversas ocasiones, rodeado del mundanal ruido que le atruena y le exalta, D. Ricardo León discurre, siente y escribe como ingenuo y actual proseguidor, por cuenta propia, de aquella gloriosa raza literaria, radicando la conformidad entre el contemporáneo y los predecesores, mucho más que en el texto, en la inspiración y el íntimo nervio de los conceptos.

Porque no son remedos, sino efusiones, y porque arrancan de lo más íntimo, las páginas ascéticas y místicas

resultan quizás aventajadas entre todas las suyas; cálidas, vibrantes y luminosas, extremado prodigio de destreza en quien la maneja y de docilidad en el habla que resulta capaz para comunicar ideas tan levantadas, delicadezas tan tenues y transiciones tan portentosas, desde horrores trágicos y sobrenaturales hasta ternuras que parecerían inefables si no las viésemos expresadas con realce insuperable, sin haber perdido la transparencia incorpórea de lo sentido y callado.

Puestos aparte quienes hacen profesión de estos asuntos, para no hablar, como la ocasión pide, sino de escritores laicos, de la pluma de nuestro nuevo compañero fluyen copiosas las sublimes intimidades del alma creyente; nuevo afloramiento de una corriente literaria que parecía extinguida, no pudiendo estarlo porque perdurará mientras sea española la literatura de España.

Españolismo; he aquí otro rasgo fisonómico que tiene vigoroso relieve en cualesquiera páginas del nuevo Académico. Me guardaré de poner su amor patrio en parangón con el de quienquiera; a nadie postergaré en cosa tan santa y tan común a todos; pero hay sin duda diferentes modos de sentir afectos y practicar virtudes que con unos mismos y solos nombres se designan. El patriotismo de Ricardo León es honda y genuínamente español. Una voluntad firme de conservar este carácter no preserva de flaquezas en que el alma del escritor haya podido caer, seducida por prestigios exóticos. Depurar el habla, tampoco excluye verter con ella sentimientos o ideas que resulten descabalados en el común sentir español; porque los criterios con que se considera la vida, las estimaciones con que se miden y ponderan cosas y personas, así como los enlaces mentales y éticos que se estilan en lo individual y en lo colectivo, imprimen carácter a los pueblos y definen su ser histórico más y mejor que el ángulo facial y los matices del cabello o la pupila. No faltan quienes juzgan nociva una rigurosa persistencia en el espíritu o en la forma literaria o en ambas cosas; pero D. Ricardo León no entra en el número; tan netamente español en el sentir como

en el hablar, la lectura de sus obras deja en incierto si es más castizo el fondo o el lenguaje; en todo caso esta cabal conformidad realza el españolismo, tanto del estilo como del discurso.

Siguió con fidelidad las mejores tradiciones de nuestra novela, ateniéndose a ejemplares selectos de la vida que pudo observar allí donde hizo larga mansión, iluminándolos con su ingenio, imbuyéndoles la poesía de su propia sensibilidad y glosándolos desde la cumbre de su crítica para atribuirles perenne ministerio educador. Quien antes conocía, como yo, la Santillana del Mar, pondrá en su punto la asombrosa fidelidad con que *Casta de Hidalgos* perpetuó las perspectivas de sus calles, sus edificios taciturnos y sus rincones, dejándoles, como todavía están, poblados de memorias errabundas y sugestivas; y también perpetuó las agonías desgarradoras de un estado social, sobre firmes cimientos asentado, de recia contextura, erguido con altivez prestigiosa y señoril, a quien la vulgaridad sofoca por inundación, sin alcanzar a sustituirle ni aun a quitarle primero la vida. En contadas páginas de *Comedia sentimental* se contienen las semblanzas contrapuestas de dos maneras de vivir y de animar la vida, trazadas con insuperable sencillez, privilegio de quien acierta a captar y cuajar el ambiente impalpable y difuso de dos comarcas y dos humanas agrupaciones, españolas ambas, pero tan divergentes que causa maravilla advertir al final que ninguna rebasa el marco de la realidad ni siquiera queda graduada en plano distinto de la otra. Más brusca contraposición es la que en *El amor de los amores* se muestra, quizás sin curarse de respetar en ninguno de ambos extremos las lindes ordinarias del vivir humano, y propendiendo tan sólo a ahondar un surco entre la bestial avidez de los apetitos y los transportes de abnegación y de ternura en que se termina la piedad más sublime y acendrada, como si el autor recelase que páginas ascéticas y místicas, con ser insuperable su belleza, necesitarían, para ser generalmente leídas, el patrocinio de la curiosidad novelesca.

Una incoherencia social, por desdicha muy verdadera,

en la cual desconcertadamente conviven insubordinaciones atávicas, indómitos albedríos y pasiones africanas, truncando, subvirtiendo y aprovechando para sus bravíos empeños las instituciones mal establecidas, incluseras, embobadas y utópicas del Poder público, cuya traza legal queda en realidad escarnecida; espectáculo netamente español, pintoresco y trágico a la vez, de excepcional y palpitante interés humano, se describe con vigoroso colorido en *Alcalá de los Zegríes;* también en *Los Centauros*, aunque esta novela, comienzo de nueva serie, mayor relieve da a otro azote que los pueblos sufren, y es la acumulación fortuita de riquezas divorciadas del trabajo y de la virtud, ruedas locas cuyas descompasadas revoluciones esparcen corrupción y escándalo en vez de cumplir el ministerio ético y social a que están por ley divina hipotecados los bienes de fortuna.

Siempre siente y escribe el Sr. León como poeta, ora ciña sus inspiraciones con las vestiduras de la rima, ora deje fluir limpia, clara y numerosa su habla castiza. Dulzor de madrigales, placidez de égloga, efusión lírica, brío y cadencia de poema tienen las más de sus páginas narrativas. En *Casta de Hidalgos* acontece que pasajes enteros están escritos en endecasílabos libres, tan sin artificio que el lector tarda en advertirlo y no parece tomado el cauce de la métrica sino para enfrenar la pujanza nativa del raudal. No causa, por tanto, sorpresa la facilidad y galanura de los versos coleccionados bajo el título *Alivio de caminantes*, de plácida serenidad, como de Musa «remansada en huertos castellanos», como de admirador rendido de nuestros grandes líricos, como de quien no pulsa la lira intentando truculentas revoluciones literarias, sino para efusiones de fe y de dolor que al alma alivian en las asperezas del camino.

En rigor se ha de decir otro tanto de sus páginas en prosa, tan asemejadas a sus rimas: casi todas parecen desahogos del espíritu del autor. Rara vez se hace la violencia de cederles la palabra a personajes que sean inhábiles para su propia dicción digna y pulcra; cuida poco de ate-

sorar voces, imágenes y giros peregrinos que andan en boca del pueblo y merecen gran estima, pero no hacen a su intento. Contempla la realidad, la ronda y la visita no más que para libar la miel, sin plegar sus alas ni abatir su vuelo; esta realidad misma, no quiméricos fantasmas ni vagarosas alegorías, le atrae y le cautiva; pero tan sólo atento a sustraer de ella las esencias perfumadas y las radiaciones luminosas, espiritualizándola para darnos su versión poética. Profesa y practica nuestro realismo hereditario, no el exótico; el que mira el cielo al traslúz de la vida y no el que con la mirada hiende la vida hasta clavarse y reposarse en el cieno.

Me abstengo de copiar, en abono de mis juicios, párrafos ni estrofas, porque no acierto a entresacarlos, tantos son los que a porfía merecen preferencia; atestiguarán enteros los libros, muy leídos, del nuevo Académico, sin detenerme más. El principal fin de la presente solemnidad estaba cumplido cuando comencé mi lectura, y caigo en ello demasiado tarde, pues aún no he dicho palabra del tema elegido para el discurso que acabamos de aplaudir.

Lo trata él con tanta pericia y galanura que propendo no a insistir, sino a reflexionar sobre el hecho, alarmante en verdad, de haber sido elegido tal tema sin causarnos novedad su elección. Algún desconcierto grave debe de aquejarnos para que hallemos puesta en tela de juicio la supervivencia perenne, en integridad y pureza, del habla que tantos ingenios peregrinos ennoblecieron y glorificaron; habla cuyos dominios resultan más duraderos y más extensos que los de la soberanía política, no obstante lo cual la vemos sospechada de que no les sirva o no les baste a los españoles de hoy ó a los de mañana.

De duda semejante me preservaría a mí el concepto que tengo de un idioma nacional, aun sin considerar sus intrínsecas excelencias ni las calidades que le den ventaja en parangón con otros; aspectos del asunto considerados luminosamente por el Sr. León. El idioma de un pueblo no parece cosa que éste pueda tomar o dejar, sino parte consubstancial de su sér propio; está asociado histórica-

mente a la formación y las vicisitudes del pueblo mismo, y si miramos a lo futuro conocemos que no se perdiera ni de pronto se alterara, aun cuando el pueblo fuese expulsado del territorio que le sustenta, o cayese en servidumbre, o le aviniese otra cualquiera de las mayores imaginables catástrofes. En la contextura radical, en la copia léxica, en las inflexiones, los matices y las galas de la lengua patria están representados los orígenes étnicos y las singularidades fisiológicas, y las influencias del suelo y del clima, y el fondo religioso, y la vocación colectiva, y las costumbres, y las vicisitudes de apogeo o decadencia, de paz o guerra, de prosperidad o penuria con que la Patria misma se formó y anduvo las jornadas de su existencia.

Todavía más claramente se refleja en el idioma peculiar la fisonomía espiritual de las gentes que le hablan, así los rasgos perennes que la caracterizan como sus variantes circunstanciales de lugar o tiempo. Según el genio propio de cada humana colectividad, distinta y definida entre las otras, acontece que los avances de su cultura, los despliegues de su acción y las peripecias de su vida, ocasionan, tanto y más que el advenimiento de nuevas voces y no usados giros, la atribución incesante de significados que antes no tenían las palabras; acepciones traslativas las más de ellas. En este continuo desdoblamiento del heredado caudal idiomático es donde con mayor viveza fulgura la imaginación e imprime su sello privativo el alma de cada pueblo.

Hácese patente esta verdad comparando el lenguaje de unas con el de otras regiones españolas, muy diversas por la sobriedad o la opulencia de la fantasía; y todavía es de mayor enseñanza confrontar con el de lenguas extranjeras de otras razas el caudal de imágenes, metáforas y aun verdaderas pinturas que colecciona nuestro Diccionario. Es gran parte y la más característica del lenguaje.

Tan ingenua, tan íntima, tan efusiva e indeliberada es la corriente donde con el hablar van fundidos el sentir, pensar, sufrir, gozar, pujar o ceder, que no veo resquicio por donde pueda meter sus raíces la duda de si algún día

se divorciarán el alma y la lengua de la Nación. Sólo la muerte desintegra la unidad orgánica de los seres que alientan.

Sospechar que la lengua castellana sea o llegue a hacerse inadecuada para los españoles presentes o venideros equivale a recelar un niño que no le valdrá su brazo para las proezas que acometerá en su edad madura. Automáticamente se emparejan y acomodan el idioma y la vida, salva una diferencia: que aquél enriquece su caudal y le depura, mejorando su flexibilidad y su elegancia a compás de los progresos que en su cultura logra, por grandes y portentosos que sean; mientras que al sobrevenir las decandecias perdura, no obstante, el esplendor léxico y literario de sus días grandes, como los soberanos retienen títulos de dominios que perdieron, aunque las gentes ya no acierten a llenar la majestuosa vestidura y las galas desmedidas del idioma pronto caigan en desuso. Quiero decir que en épocas de adversidad excederá el idioma las necesidades espirituales del pueblo; pero es ley natural que en tiempo alguno se le pueda notar de escaso; le enriquecerá y habilitará el mismo impulso vital que traiga nuevas y mayores necesidades de expresión ó de atildamiento.

Nos lo enseña nuestra experiencia propia. La formación del castellano retrata la historia nacional, y en ello consiste la ejecutoria de su primogenitura. Según iban fraguando tras la insegura línea fronteriza de la accidentada reconquista nexos de comunidad entre las gentes de varios orígenes que poblaban la tierra cristiana, se formaban, intercalados con híbridos balbuceos, los distintos romances peninsulares, entre quienes se operaba a la vez otra fusión, hasta que rompió a hablar Castilla en los afloramientos épicos que como tributarios encauzó el *Poema del mío Cid*. A aquel romance cuajado ya fué traducido el *Fuero juzgo*, y Berceo marcó sus adelantos. Luego el *Fuero real*, las *Siete partidas*, la *Crónica General* y el *Saber de la Astronomía*, durante el reinado de Alfonso X, reflejaron, como en claro espejo, la ya por entonces definitiva y

robusta complexión de la Monarquía Castellana. Porque un reino cristiano se había constituído en definido cuerpo de nación, hallábase poseedor de adecuado idioma, sin haber ido a conquistarle ni aun advertido su natural y coetánea germinación.

Tomados como término de comparación aquellos monumentos literarios del siglo décimotercero, la realidad histórica, que es haberse alterado durante las dos subsiguientes centurias mucho menos que variaron en las dos pasadas el estado social y político de la España cristiana, transciende paralelamente al lenguaje y la literatura; tampoco señalan novedad proporcionada con el lapso del tiempo, el *Doctrinal de Caballeros* de Alonso de Cartagena, el *Libro de las claras y virtuosas mujeres* del Condestable infortunado, ni las obras imperecederas del Marqués de Santillana y de Juan de Mena.

En cambio, por ser época de transición aquel siglo décimoquinto, durante el cual parece remansada la corriente, sobrevinieron de seguida Gómez Manrique, Jorge Manrique y Fernando de Rojas, precursores cercanos y esclarecidos del copioso y espléndido florecimiento que iluminó el siglo décimosexto, tan magnífico, que su indicación, por liviana que fuese, me detendría con exceso hablando a quienes hablo. Por entonces se remataban en Granada la reconquista, y, en Italia, la dominación que la Corona Aragonesa tenía adelantada, a la vez que era descubierto el Nuevo Mundo. Estos recuerdos indistintamente evocan, bien el apogeo de la grandeza nacional o bien la no superada opulencia literaria de los siglos XVI y XVII, experimentándose una vez más la hermandad de que vengo hablando.

La cual hermandad perduró en las subsiguientes épocas que así fueron de decadencia política como de perversión y pobreza literaria; porque la ley natural se hubo de cumplir igualmente en los adversos y en los prósperos días, quedándonos enseñanza clarísima de que cuando quiera que un pueblo tenga necesidades nuevas de expresión léxica o literaria para declarar, difundir o engalanar

las concepciones de sus teólogos, sus filósofos, sus físicos, sus mercaderes, sus agricultores, sus fabricantes, sus astrónomos, sus navegantes, sus conquistadores, sus capitanes, sus cortesanos, sus ascetas, sus místicos y sus artistas en todos los ejercicios de las nobles Artes, se hallará poseedor de adecuados medios sin haber advertido siquiera cómo y por dónde los adquiría; cual crece automáticamente la radiación con los grados del calor, y pasa la ola bajo la quilla, como domada y allanada, siendo ella misma quien levanta el navío.

Mera abstracción mental es confrontar estados sucesivos en la historia de un idioma o una literatura, los cuales evolucionan realmente ateniéndose al ritmo de la vida popular. Esto implica un no interrumpido e inacabable advenimiento de voces, de acepciones y de formas gramaticales o literarias. Cúmplese esta renovación a semejanza de la que nutre el cuerpo humano, adaptándose la nueva substancia a las formas plásticas, a las funciones dinámicas y a toda la orgánica complexión del idioma; castellanizándose lo extraño por inflexiones y desinencias, y habilitándose para el concertado giro, según el carácter peculiar del idioma y según sus leyes internas. Porque juntas alientan, avanzan y crecen, no están en contingencia de descabalarse la lengua y el alma que de ella se vale para definir sus concepciones y comunicarlas.

Reconozco, sin embargo, que estamos en trance muy ocasionado a obscurecer estas verdades, hasta sugerir el presuntuoso recelo de que no nos baste la lengua hereditaria. La faz del mundo, en lo material y en lo moral, está desconocida, y la renovación de las cosas y las ideas ha sido muy súbita. Investigaciones felices subvierten a cada paso leyes de las que por más averiguadas tenían las ciencias físico-químicas, sin que las sucesoras osen ocupar la sede vacante en espectativa de otras venideras. Aplicaciones cotidianas de los descubrimientos científicos remudan así los procesos y resultados de las industrias como las costumbres más inveteradas entre gentes de toda condición. Aproximados y mezclados, unas veces hasta íntima convi-

vencia y otras veces en irritante conflicto y enardecida rivalidad, se ven ahora pueblos que vivían extraños unos a otros. Muchedumbres innúmeras están removidas y arremolinadas por anhelos, cuidados, intereses, coligaciones y empresas, que solían quedar entre pocos hombres. Organismos de la finanza, de la producción y del tráfico, agigantada su armazón, espoleada su actividad y dilatada su órbita en universal comunidad, que es otra nueva señal de los tiempos, imponen efectivo vasallaje no tan sólo a los mercados, sino a las soberanías mismas, del uno al otro confín de la tierra. Por todos lados brotan, frenéticas y contrapuestas, ansias de goce, de poderío, de dominio, de exclusión. La riqueza mundial ha tenido fabuloso crecimiento y el crédito la multiplica; pero todavía ha crecido más la avidez con que se la disputan multitudes desasosegadas. Sobre el formidable estrépito de este vertiginoso bregar y este codicioso vivir se cierne un florecimiento amplísimo, nunca igualado, de la espiritualidad, aunque no por todos ni siempre se advierta. Las Ciencias, las Letras, las Bellas Artes, la Religión misma, con cuantas obras y propagandas ella sugiere, sustenta y multiplica, no tan sólo se cultivan con ahinco, sino que se divulgan con profusión jamás conocida. ¿Valdrá la lengua rancia y castiza de nues tros clásicos para el desaforado trajín? Las fronteras nacionales, aportilladas por tan diversos modos, ¿permanecerán incólumes tan sólo para diversificar las lenguas?

Notemos que todas las lenguas vivas están en caso igual, a un tiempo sobrecogidas por las novedades; advirtamos también que tan solamente es excepcional la dimensión o el ritmo de la mudanza. El proceso interno, natural, que cada lengua siguió para formarse, articularse y embellecerse, ha consistido en satisfacer día por día la perenne necesidad de nuevas denominaciones para las cosas, nuevas calificaciones para los aspectos de ellas y nuevas inflexiones para sus modalidades y sus conexiones; representaciones inéditas, en fin, de formas nuevas que el espíritu humano, en su ascensión indefinida, va proyectando sobre el yermo exterior, donde yace aletargado lo venide

ro del léxico y la literatura. Grandísima parte de labor tan maravillosa hizo siempre el pueblo anónimo, sin intentarlo de propósito; y se puede afirmar que este aluvión que no podríamos acotar con ningún nombre prestigioso, ni autorizado, ni conocido siquiera, resulta más genial, más ajustado y más perdurable que la otra colaboración de doctos que explotan canteras abandonadas de lenguas muertas, aclimatan elementos exóticos y señaladamente mejoran el sistema gramatical y la estética literaria. Todos a una contribuyen, y son recíprocas las influencias, siquiera la de los eruditos, para consolidarse y hacerse definitiva, necesite aceptación del popular, sobre quien conservan mero y mixto imperio las leyes íntimas y geniales de cada idioma.

En el alma humana, criada para la vida en sociedad, son tan congénitas la facultad de razonar, sentir e imaginar, como la aptitud para comunicarse; a tal punto que la íntima concepción no está acabada hasta que se define, como si tomase carne, con expresiones propias para exteriorizarla, cada vez adecuadas a la substancia, al matiz y al cálido aliento de la concepción misma. Por testimonio de conciencia sabemos que si nos faltase este don de comunicación, condenado nuestro espíritu a reclusa mudéz, habría Dios alojado en cada criatura humana, en vez de una noble imagen suya, un antro de torturas infernales.

Todo cuanto conocemos, sentimos o fantaseamos se nos representa definido espontáneamente con palabras, y naturalmente se congregan al conjuro interno de cada concepto, de cada aleteo de la inspiración, las voces del idioma peculiar, que son las que pacientemente asisten al alma como desveladas azafatas. Lucidez del discurso, viveza del sentimiento, delicadeza originaria y educado refinamiento del gusto, contribuirán a que estas expresiones resulten intensas, diáfanas, atildadas, de sentido directo o figurado, más o menos felices y armoniosas: el comercio de los espíritus mejorará las que necesiten enmienda, pulimento o conformación idiomática, y embellecerá las que admiten mayor galanura. Lo que jamás acontecerá es ca-

recer la idea de expresión congénita, siquiera latente, siquiera viciosa.

Cosas nunca vistas, aspectos inesperados, juicios inversos de lo que habíamos considerado antes, no detienen la ley natural, antes dan ocasión para su observancia. Ocurrirán en número desmedido neologismos y adopciones de voces exóticas señaladamente para el tecnicismo de artes y ciencias donde aprovecha una general uniformidad; pero siempre las nuevas cosas pidieron nombres nuevos, sin perderse por esto la individualidad castiza que imprime carácter a cada idioma en el modo de formar o terminar cuando menos las palabras, en las flexiones, en la construcción y en los giros. El Castellano aventaja a muchos para su fácil adaptación en este proceso evolutivo, merced a la riqueza del léxico, la flexible holgura de su sintaxis y la extensión de su escala fónica, propicia tanto para la solemnidad enfática como para la festiva travesura, rica de armonía imitativa hasta la onomatopeya. Bien acreditadas tiene estas excelencias porque a cuantos escritores de la raza *tuvieron algo que decir* les abasteció copiosamente de lo que apetecieron: locuciones exactas, imágenes animadas y luminosas, graves sentencias, giros amplios y gallardos, alambicadas sutilezas, laconismos extremados hasta pecar de conceptuosos, o livianos y ágiles donaires.

Se acabará de conocer cuán conciliables son el hondo y brusco cambio que se está operando en todos los órdenes de la vida y la permanencia en su integridad del idioma castizo que ennoblecieron y esmaltaron nuestros escritores clásicos, si se evoca el recuerdo de otra culminante crisis en la cultura europea, con advertencia de la huella que imprimió en nuestro lenguaje y nuestra literatura. El remate y la coronación de la Reconquista de Granada y la reunión de los Reinos de Castilla y Aragón, sucesos fueron cuyas colosales consecuencias acuden por sí solas a nuestra mente. No fueron menores las de la Reforma luterana, frente a la cual y a las pasiones que desencadenó, las controversias que suscitó y los conflictos que ensangrentó, asumió España una representación principal y una

acción tenaz. En la Península trajo gran novedad el Renacimiento clásico. Al otro lado de los mares, descubrimientos portentosos, conquistas y colonizaciones, que no tenían ejemplar en la Historia y establecían nuestro contacto con razas y civilizaciones inauditas. Las guerras de Italia extendían y consolidaban otra diversa convivencia poniéndonos en intimidad con la cultura más prestigiosa y más atractiva. Muy luego eran ampliadas al país flamenco las guerras que por largo tiempo formaron el nudo principal de la política europea, llevando a convivir o pelear con las más diversas naciones nuestros tercios y nuestras gentes de todas las condiciones y clases sociales. Sería imposible hallar y hasta imaginar concurrencia en mayor número de causas más poderosas para que otra innovación de la vida nacional en el curso de nuestra Historia sea comparable con el espectáculo presente. Detengamos un instante nuestra consideración sobre lo que Castilla era delante de tan anchos mundos, para medir la contingencia en que estuvo de quedar desfigurada y anonadada. Sin embargo, notadlo bien, la décimasexta centuria marca para el habla castellana el apogeo de sus castizo esplendor, no tan sólo en los monumentos literarios, también en el uso vulgar del pueblo.

Aquellos españoles, en vez de descastar y corromper el idioma hereditario, repudiándole innoblemente por causa de pobreza; en vez de trocarle por una lengua mestiza, con el maridaje de las usadas por tantas naciones como eran las sojuzgadas por sus armas o venidas a su intimidad, se mantuvieron fidelísimos al habla de Castilla y la enriquecieron y acicalaron, legándola espléndida y con todo su originario carácter a la pléyade que durante el siglo décimoséptimo había de completar la gloria de nuestra literatura. No fué herencia reservada a los doctos; la pureza y la hermosura del Castellano generalizadas quedaron en campos, suburbios y ciudades, donde luego hicieron rico acopio los novelistas, dramaturgos y eclesiásticos de nuestra edad de oro.

Entre los escritores que en el curso de los siglos, con

avances desiguales, tal vez recobrándose de retrocesos transitorios, cooperaron a la formación y al atildamiento del idioma, ninguno fué criado ni adiestrado para *clásico;* profesión nunca conocida, ni aun de los encargados de arbitrar tributos sobre los más peregrinos modos del trabajar humano. La posteridad es quien llama *clásicos* á quienes, por haber sido más felices en el goce y aprovechamiento comunal del idioma patrio, merecieron ser tomados como modelos. Mas su imitación no consiste en sacrificar sabiduría, ingenio, ni sentimiento propios para coincidir con lo que supieran o sintieran aquellos hombres de otras edades, remotas o cercanas; tampoco consiste en parodiar las vestiduras literarias que lucieron. Sencillamente se logra usando el lenguaje con la propiedad, naturalidad, limpieza y gala de que fueron dechado. No cabe destituir clásicos, porque ellos han solido vivir y morir en humilde condición de súbditos, las más veces cargados con rigores de pobreza desvalida y faltos de estimación entre sus contemporáneos. Ni siquiera cabe incluirles, como a los ricos, entre los envidiados, porque fueron pródigos y su caudal apenas les procuró otra satisfacción sino diseminarle y transmitirle con ingenua liberalidad.

El habla de los *clásicos* no es sino el castellano que siglo tras siglo la raza entera, en mayor medida el pueblo que los doctos, hizo verbo de su espíritu. Selecta por la propiedad, lucidéz, limpieza y galanura con que sirve siempre la varia intención de los escritores, nadie puede tratarla como hechura de éstos, ni aun data de su tiempo. Quien quiera dispondrá sin tasa del léxico que poseyeron, más las creces ulteriores, más las antiguas enseñanzas que habían heredado y supieron aprovechar; pero será libre, libérrimo de repudiar los ejemplos o tomar de ellos lección. Los clásicos no fueron *preceptistas*, sino cumplidores fieles de leyes idiomáticas que les antecedieron y les sobreviven. El escritor contemporáneo que opte por emanciparse y olvidarles, apenas se le acabe el pueril regocijo de su fácil manumisión, se verá en la disyuntiva de expresarse o no en castellano; y la afirmativa le conducirá a proceder de

igual manera que si fuese secuáz fervoroso de los repudiados maestros, quienes dejaron renombre, no por merced ajena, sino porque acertaron a valerse del habla nacional sacando las ventajas que cual otra alguna ofrece para comunicarse entre sí con justeza, transparencia y efusión las almas españolas.

Lo mejor que le podrá acontecer al escritor redimido de toda veneración clásica es atinar otra vez por propio esfuerzo, y cuando lo haya conseguido vendrá él mismo a ser, conózcalo o no, otro clásico, aunque silvestre; así como también pararía en *burgués* odioso el heredero que por aversión al *capital* hubiese repudiado la sucesión, si emprendía con feliz suceso labrar por sí una hacienda.

Saco en conclusión que el toque no está en deficiencias de nuestro idioma, progresivo y adaptable, tanto y más que otro alguno, ni en arcaísmo de los modelos clásicos, que se habrían de renovar aun queriendo huir su imitación mientras españoles escriban castellano; el toque estará en la estimación que se haga de las fronteras y de la singularidad castiza de la lengua materna. He aquí cómo el asunto penetra en el cono de luz trágica a cuyos siniestros destellos el concepto íntegro del patriotismo, aliento mágico, centro de la vida, rutila hoy ante el mundo horrorizado.

Pocos meses ha abundaban las señales, seductoras para no pocas gentes, de que, con efecto, muchas comunidades internacionales de intereses, pasiones o doctrinas iban mitigando la tradicional contraposición de pueblos y soberanías, bien que estas señales anduvieron mezcladas siempre con alarmantes preliminares del conflicto. Tal cual le vemos planteado ahora resultaría pueril disertar sobre la vanidad de aquellas apariencias de pacifismo y de confraternal aproximación. Cuando la sangre humana vertida a torrentes aviva los colores de las banderas que flamean sobre inmensos campos de batalla, no necesita encarecimiento la significación que para quienes se conserven sanos ha de tener y tiene el idioma patrio, bandera siempre enhiesta, tejida con fibras del corazón popular.

La lengua es, más que representación, exteriorización

directa del alma misma de un pueblo o una raza. La indiferencia ante la degeneración mestiza de la lengua nacional, muestra de modo inequívoco tibieza del amor patrio, el cual se amortigua a veces por una sugestión falaz que adormece el remordimiento y esquiva el sonrojo. El engaño consiste en pensar que los desvíos tan sólo implican anhelos de redención, de progreso o de gloria, sin advertir que estos bienes, para no dejar de serlo, han de venir sobre la patria misma, sér viviente con individualidad indeleble entre sus congéneres, y se han de alcanzar sin degenerarla, ni trastrocarla ni desfigurarla.

Es grave yerro y no menor desventura que cuando hijos de España lastimados notan en torno suyo atraso, esterilidad, desconcierto y cualquiera otra inferioridad o desventaja, no todos unánimes conozcan que el único remedio eficaz y consolador consiste en poner juntos para la enmienda propia un conato decidido y fervoroso, sin que nadie caiga en la flaqueza de seguir su loable afición al bien, desentendiéndose de que éste sea exótico, y no advirtiendo, tras el señuelo, que transfiere á tercero una adhesión reservada exclusivamente por ley natural para la propia madre, que siempre es única y siempre santa.

Entre cien deplorables caídas de análogo estilo descuella la que refluye contra la pureza del habla propia, a causa de ser ésta el atributo más íntimo, más inalienable y de mayor significación para el alma nacional. Las diversas colectividades humanas constituídas en cuerpos de nación, como todas las cosas, se definen por sus contrarias; la confusión es una manera de anonadamiento. Limpieza de sangre en persona natural, tiene su paridad en la conservación del habla castiza para el pueblo o la raza a quien sirve de verbo.

Por dicha, no siendo el idioma hechura arbitraria de los hombres, tampoco acaban con él las ofuscaciones de éstos. En pasados tiempos otras crisis padeció la pureza del idioma y tuvieron correctivo natural en el arraigo popular, y también en el asentado prestigio de los grandes

escritores, cuyas plumas han hecho imperecedera la radiación del genio peculiar del Castellano. La compenetración del idioma con el espíritu de la raza le atribuye vigor ingénito para eliminar tarde ó temprano lo que no admite asimilación orgánica; la pestilencia nos parece agrandada alarmándonos con exceso porque se ceba en las gentes más rumorosas y locuaces. No faltan, en cambio, ni escasean, cual en otras épocas escasearon, cultísimos escritores, sin contar a la Real Academia, que aman, conservan y acrecientan la lengua y la literatura castizas. Señalado y glorioso ejemplo, entre muchos, nuestro nuevo compañero. Y cuando la adversidad extremare el rigor hasta privarle al habla cervantina de estos aristocráticos valedores, quedaríale siempre el dilatado imperio de las muchedumbres, que le son tan fieles como al terruño, las cuales siglo tras siglo se preservaron de contaminaciones, así de las eruditas que venían abonadas por alcurnia prestigiosa, como de las que simplemente son pedantescas.

Díjelo antes, y quiero terminar repitiéndolo: la lengua castiza de Castilla es todavía más imperecedera que una soberanía política y que una nacionalidad; es nexo congénito y verbo común de toda una raza, sin cuyos altos hechos la Historia resultaría incomprensible o quedaría subvertida durante muchos siglos; raza sujeta, como todas, a grandes fluctuaciones, pero cuya vitalidad es tan vigorosa y tiene raíces tan hondas en el universal complejo humano, que, siglo tras siglo, vienen frustrándose adversidades que parecen capitales; aun aquellas que pudieran tener vislumbres de suicidio.

